

53
CO

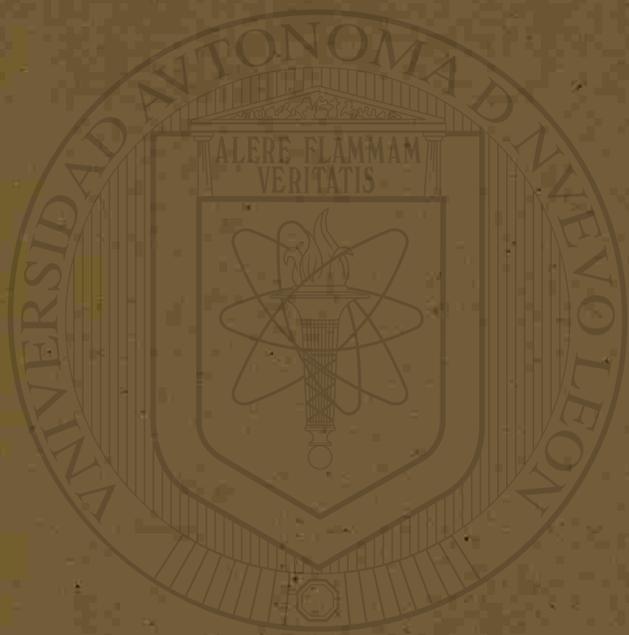
EL SAND

HISTORIA
DE
SARBUENA

PQ2403
J5
S6



1020026802



UANL

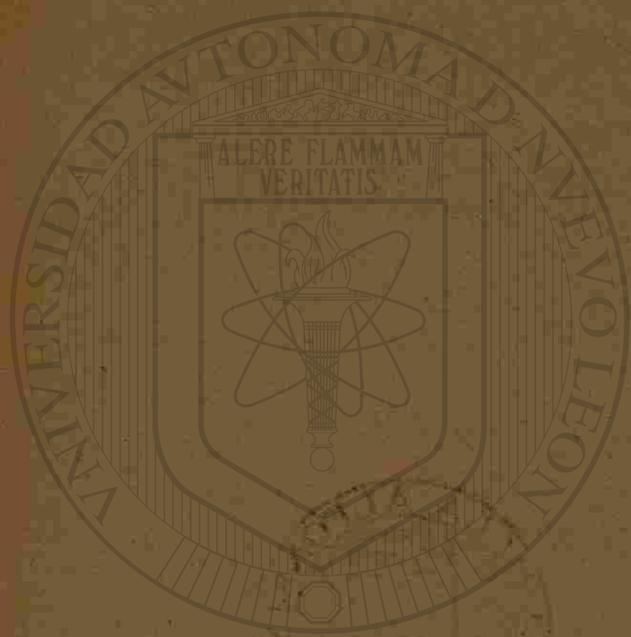


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA

DEL VERDADERO

GARBULLO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

SCEAUX. — IMPRENTA CHARAIRE É HIJO

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. N. L.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Querida Reincito:

Este cuento
que con todo amor te doy, me fue
dedo a mi en mis juveniles años,
hace ya cosa de veinticinco.

Es por una autora muy
famosa Jorge Sand. (Aurora Dupin)
que ha escrito obras literarias muy
bellas.

México, Julio de 1918.

Tu fiel

Ferdinando

Núm. Clas.	CC
Núm. Autor	8213 hij
Núm. Adq.	30734
Procedencia	-8-
Prezio	
Fecha	
Clasificó	<i>[Signature]</i>
Allegó	



Maurice Sand inv.

H. Delaville sc.

HISTORIA

DEL VÉRDADERO

GARBULLO

POR

JORGE SAND

ILUSTRACIONES DE MAURICIO SAND

GRABADOS DE DELAVILLE

TRADUCCION ESPAÑOLA

POR

D. MARIANO URRABIETA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

PARIS
LIBRERIA DE CH. BOURET
23, CALLE VISCONTI, 23

MEXICO
LIBRERIA DE CH. BOURET
13, CALLE SAN JOSÉ EL REAL, 13

1881

Propiedad del Editor.

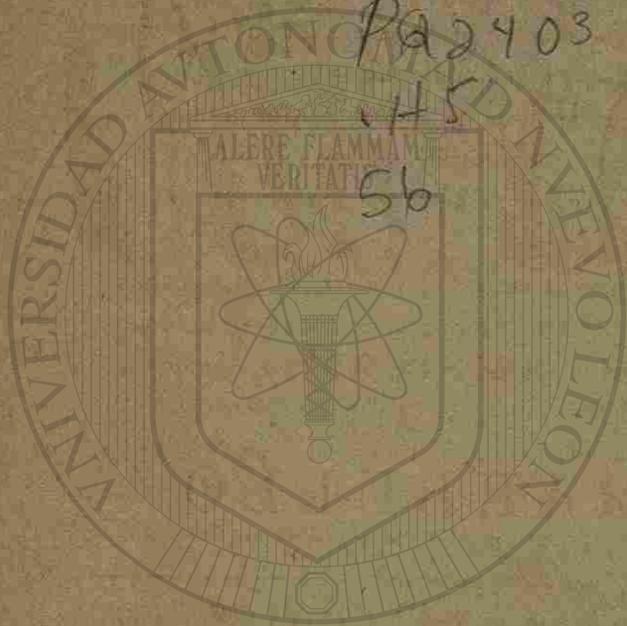
100361

30734

843
S.

Pa 2403

56



HISTORIA
DEL VÉRDADERO
GARBULLO

PRIMERA PARTE

De cómo Garbullo se arrojó al río por temor de mojar-se.

Un padre y una madre que se llamaban el uno Farfulla y la otra Briñola, tenían un hijo al que pusieron el nombre de Garbullo. Otros seis tenían, tres varones y tres hembras lo que hacia siete con Garbullo que era el más pequeño.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

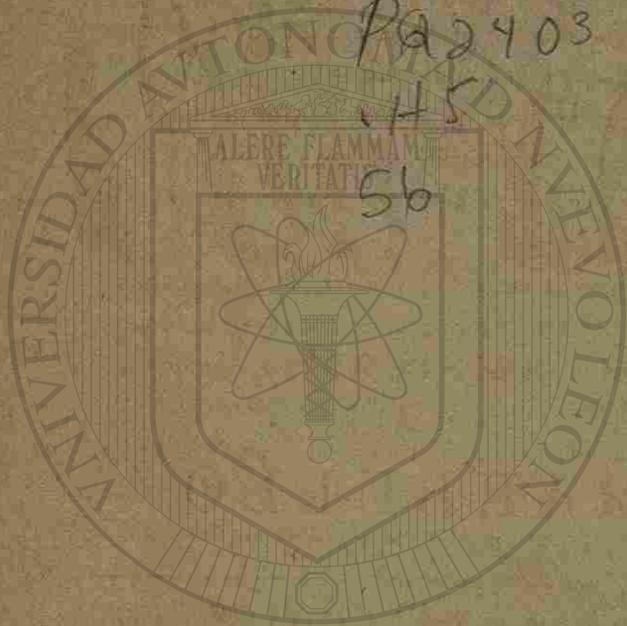
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA "ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

843
S.

Pa 2403

56



HISTORIA
DEL VÉRDADERO
GARBULLO

PRIMERA PARTE

De cómo Garbullo se arrojó al río por temor de mojar-se.

Un padre y una madre que se llamaban el uno Farfulla y la otra Briñola, tenían un hijo al que pusieron el nombre de Garbullo. Otros seis tenían, tres varones y tres hembras lo que hacia siete con Garbullo que era el más pequeño.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA "ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Farfulla era guardabosque del rey de aquella comarca, con cuyo empleo se podía dar buena vida. Poseía una bonita casa en medio de la selva con un huertecillo en una plazoleta á orillas de un alegre arroyuelo que cruzaba toda la selva. Podía cazar, pescar, cortar árboles para calentarse, cultivar un pedazo de tierra no pequeño, y además cada año cobraba un sueldo del rey para que le guardara la caza y cuidase de los faisanes; mas el pícaro Farfulla no creía tener lo bastante y no hacía más que robar y exigir dinero á los viajeros; vendía las piezas de caza que pertenecían al rey y enviaba á la cárcel á los infelices que sorprendía recogiendo leña seca, en tanto que permitía á los ricos que cazaran en la selva real, sólo porque le daban



buenas propinas. El rey que era anciano y apenas cazaba ya, no sospechaba nada de esto.

La Briñola no era tan mala como el marido; pero tampoco era mucho mejor: su afición al dinero no podía ser más pronunciada, y cuando su marido hacía alguna picardía por interés, no le reñía, en tanto que le habría dado de palos siempre que sus fechorías no producian metálico.

Los seis chicos de Farfulla y de Briñola no podían ser buenos cuando tenían tales ejemplos á la vista. Sus padres les querían mucho y les suponían gran entendimiento en razón á que se mostraban rateros y mentirosos en cuanto sabían andar y hablar. Sólo Garbullo recibía malos tratamientos porque era simple y miedoso, según decían, y no quería seguir las huellas de sus hermanos.

Sin embargo, tenía una figurilla muy agraciada y le gustaba estar siempre con mucho aseo. No desgarraba sus ropas, no se ensuciaba las manos y nunca hacía daño á nadie. Más aún: tenía ocurrencias que le hacían pasar por necio y que por el contrario eran propias de un muchacho muy listo. Por ejemplo, cuando apretaba el calor se abstenía de beber con exceso habiendo experimentado que se tiene más sed cuanto más se bebe. Si acudía algún pobre á él en tanto que despachaba con buena gana un mendrugo, se lo daba al instante dicién-

dose para sus adentros : « Conozco lo que se padece con el hambre para no compadecerme. »

Garbullo fué uno de los primeros que imaginaron restregarse con nieve las manos y los piés para evitar los sabañones. Los juguetes que más le gustaban, los repartía entre los muchachos que le gustaban ménos, y cuando le preguntaban por qué hacia eso, respondía que era para ver si cobraría amistad á aquellos malos compañeros, pues tenia entendido que se acaba por simpatizar con aquellos á quienes se ha hecho algun favor. Si le entraba sueño durante el día, se ponía en movimiento para despertarse, á fin de dormir mejor por la noche. Cuando tenia miedo cantaba á fin de dar el miedo á los que se lo habian dado á él. Si queria jugar se contenía hasta que hubiese concluido su trabajo, para divertirse con mejores ganas al fin de su tarea. En suma, era juicioso y vivía feliz á su manera; pero como sus padres entendían la cosa de otro modo, se burlaban de él y le atropellaban justamente por sus mejores ideas. Su madre le azotaba á menudo y su padre le rechazaba todas las veces que se acercaba á él para acariciarle.

« Lárgate de ahí, mentecato; le decia brutalmente su padre; nunca servirás para nada. »

Sus hermanos y hermanas viéndole aborrecido, le

menospreciaban y le hacian rabiar, lo que Garbullo soportaba resignado aunque no sin pena; pues con frecuencia se iba solo á la selva para llorar sin que le viera nadie y tambien para pedir al cielo que sus padres le amasen como él los amaba.

Habia en la selva una encina que á Garbullo le gustaba particularmente : era un árbol muy grande y muy viejo, hueco en su tronco y todo rodeado de hermosas hojas de yedra y de placas de musgo de un verde delicioso. Estaba bastante léjos de la casa de Farfulla y se llamaba aquel sitio la plazoleta del Abejon, sin que nadie supiera decir en el país el origen de tal nombre. Se creia que era el de un señor muy rico que plantó la encina y e o era todo. En las cercanías del árbol habia tantas piedras y encinas, que era muy raro que fuese alguién á la plazoleta.

Y sin embargo en aquel sitio se extendia un césped soberbio todo esmaltado de flores y se veia una fuen-



tecilla que iba á perderse en los peñascos contiguos corriendo y saltando por el musgo.

Un día que Garbullo más triste que de costumbre porque le habian maltratado más que nunca, habia ido á gemir solo al pié del árbol, cuando sintió que le picaba en el brazo un grueso abejon que no se movia y que parecia burlarse de él. Garbullo le cogió por las alas y poniéndole en su mano le dijo :



« ¿ Por qué me haces daño cuando yo no te lo hago á tí? ¿ Acaso los animales serían tan malvados como los

hombres? Y á la verdad eso seria natural porque son animales y á los hombres les toca dar mejor ejemplo. Anda y sé feliz; no te mataré porque me has tomado por tu enemigo y no lo soy. Tu muerte no me curaria la picadura que me has hecho. »

El abejon en vez de responder se revolvió en la manita de Garbullo y se pasaba las patas por la nariz y las alas, como un abejarron que se encuentra bien y que olvida sus fechorías.

« No me parece que te arrepientas, le dijo Garbullo, y tampoco te veo agradecido. Por tí mismo siento que tengas tan mal corazon, pues eres un abejon magnífico, lo confieso : no he visto otro más grueso ni lozano y aunque tu color negruzco que tira á violeta no sea muy alegre, ello es que se parece al manto del rey. Quizas eres un gran personaje entre los abejones y por eso tus picaduras son de primer orden. »

Estos elogios que hizo Garbullo sonriéndose, aunque el pobre chico tuviese todavia las lágrimas en los ojos, parecieron muy agradables al abejon, pues dió unas aletadas muy expresivas. Levantóse sobre sus patas lanzando una especie de canto sordo y grave, como el de un contrabajo, tomó su vuelo y desapareció.

Garbullo no era tan simple que no conociera las

propiedades de las yerbas selváticas y como le escocia la picadura, cogió algunas hojas y despues de haberse lavado bien el brazo en el arroyo, se aplicó aquel bálsamo y se durmió seguidamente. Durante su primer sueño creyó oír una música singular, como de voces de sochantres de catedral que salian de debajo de la tierra y decian en coro :

Zumbemos, zumbemos,
Aquí viene el rey.

Y el arroyuelo que huia por entre las peñas parecia decir con clara voz á las florecillas de sus márgenes :

Temblemos, temblemos,
El enemigo está ahí.

Las gruesas raíces de la encina se retorcian y se arrastraban por la yerba como culebras. Las vinca-pervencas y las margaritas daban vueltas sobre sus tallos como azotadas por el viento; los hormigones negros que buscan comida en las cortezas bajaban á lo largo de la encina y se levantaban atónitos sobre sus patas traseras; los grillos salian del fondo de sus agujeros

asomándose por la abertura. Finalmente, la enramada y las cañas temblaban y silbaban con tanta fuerza que todo aquel alboroto acabó por despertar al pobre Garbullo.

Buena sorpresa tuvo cuando vió delante de él un



señor corpulento y rechoncho todo vestido de negro á la antigua usanza que le miraba con sus ojos redondos y que con voz ronca y brozosa, le dijo :

« Me has hecho un servicio que nunca olvidaré; pídemelo que quieras, muchacho, y lo tendrás. »

— ¡ Ay, señor! respondió Garbullo sobrecogido de miedo, no me podriais dar lo que yo deseo. Mis padres no me quieren, y yo desearía que me quisieran.

— Con efecto la cosa no es fácil, respondió el señor vestido de negro; pero siempre podré hacer algo por tí. Sé que eres un chico muy bondadoso y quiero que tengas mucho entendimiento.

— ¡ Ay, señor! exclamó Garbullo, si para tener entendimiento he de ser malvado, prefiero no tenerlo. Seguiré siendo tonto, pero bueno.

— ¿ Y qué vas á hacer de tu bondad en medio de gente malvada? replicó el hombre rechoncho con voz más cavernosa aún y dando vueltas á sus ojos que parecían ascuas.

— ¡ Ay, señor! no sé qué responder, dijo Garbullo que no se reponía del susto; me faltan palabras para contestaros; pero lo cierto es que nunca he hecho daño á nadie y no quería nunca tener ni ganas ni facultades para hacer daño.

— Vaya, veo que eres un necio, continuó el otro; te dejo porque no tengo tiempo para convencerte; pero nos volveremos á ver y si tuvieras alguna cosa que pedirme, acuérdate de mí y cumpliré mi promesa.

— Muy bueno sois, » respondió Garbullo cuyos

dientes se entrechocaban porque no se le iba el miedo. Pero casi en el mismo instante el señor se volvió y su casacón de terciopelo negro bañado por el sol, se puso primero de un azul oscuro y luego se cambió en un magnífico matiz de violeta; se erizó su barba, su capa tomó vuelo, lanzó un rugido sordo más horrible que el de un león y elevándose pesadamente de la tierra, desapareció por entre los ramajes de la encina.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Garbullo se restregó entónces los ojos y se preguntó si no era un sueño todo lo que había visto y oído. Parecióle que era sueño en efecto, y que sólo cuando el señor echó á volar, se sintió él despierto de verás. Recogió, pues, su palo y su morral y se volvió á casa porque temia otro castigo en razon á que habia estado fuera largo tiempo.

En cuanto entró le dijo su madre :

« ¿Ahí estás? Pues era hora de volver. Se necesita



que sea tonto este muchacho para que la suerte le venga á visitar y ni siquiera lo sospeche. »

Despues de haberle reñido se dignó decirle que el señor Abejon habia estado en la selva, que habia entrado en casa del guardabosque donde se habia comido medio panal de miel por el que les dió una hermosa moneda de oro, y por último que habiendo mirado uno por uno á todos los hermanos y hermanas de Garbullo, preguntó á la madre : « ¿Pero no teneis un hijo más jóven

que estos? » Y habiendo sabido que existia otro de doce años de edad llamado Garbullo, exclamó : « ¡Bonito nombre! Ese es el chico que yo busco. Enviádmelo y haré su fortuna. » Y sobre esto habia salido sin entrar en más explicaciones.

« ¿Y quién puede ser ese señor Abejon? preguntó Garbullo estupefacto; yo no le conozco.

— El señor Abejon, respondió la madre, es un caballero riquísimo que acaba de llegar á estas tierras y que va á comprar un magnífico castillo cerca de aquí. Nadie le conoce; pero todo el mundo dice que es generoso y arroja el dinero á manos llenas. Quizas es un atolondrado; pero ya que le ha chocado favorablemente tu nombre de Garbullo, despáchate en ir á verle, pues de seguro te hará un regalo que no es de desdeñar.

— ¿Y en dónde le encontraré? preguntó Garbullo.

— No lo sé, respondió Briñola; me sorprendió tanto que no se me ocurrió pedirle sus señas; yo me figuro que habita ya en el castillo que quiere comprar, el cual se halla en el linde de la selva; tú conoces todo este país y no has de ser tan obtuso que no des con un hombre conocido ya por todos y de quien se cuentan cosas maravillosas. Ea, ponte en camino al instante y lo que te dé tráelo aquí : si es dinero, no te quedes con nada;

si es algo de comer no lo cates siquiera; lo entregarás como lo recibas á tu padre ó á mí. Y pobre de tí, si no me obedeces, lo pagarán tus costillas.

— Me extraña que me habéis así, querida madre, respondió Garbullo; nunca os he robado nada, bien lo sabéis, y ántes que engañaros preferiría morirme.

— Y es verdad que tu tontería te impide todo eso, replicó la madre; pero basta de plática, andando. »

Cuando Garbullo se vió en el camino del castillo que le habia indicado su madre, se sintió muy cansado porque no habia comido desde por la mañana y estaba cerca la noche. Tuvo que sentarse al pié de una higuera sin fruta, pues no era tiempo aún, y estaba para desmayarse de debilidad cuando oyó zumbir un enjambre sobre su cabeza. Alzándose de puntillas, vió un hermoso panal de miel en el hueco del árbol, y agradeciendo á Dios aquel socorro, comió un poco de miel que le hizo un buen refrigerio. A punto de continuar su camino oyó una voz penetrante que salía del hueco del árbol y que decia : « ¡ Que no se nos escape ese malvado! ¡ Muchachas, sirvientas, esclavas, todas contra ese ladrón que acaba con nuestras riquezas! »

Buen miedo le entró á Garbullo.

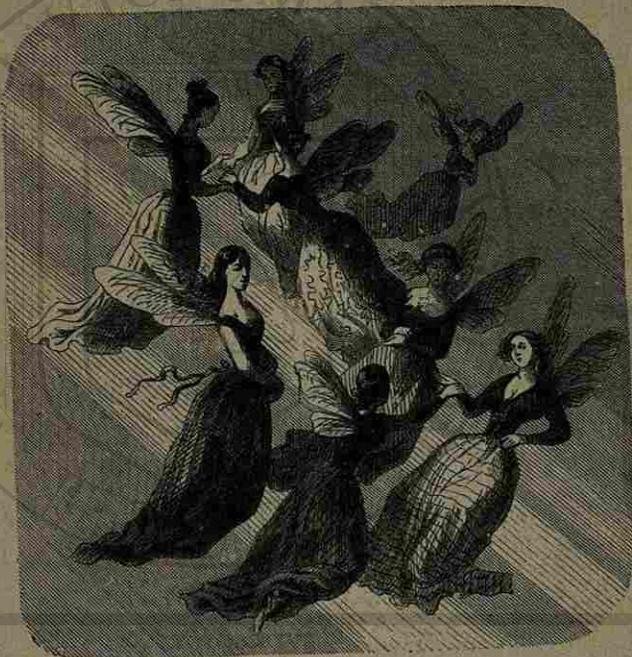
« Abejas, exclamó temblando, perdonadme. Yo me

moria de hambre y vosotras soís tan ricas que no creí causaros gran perjuicio probando vuestra miel; ¡ es tan exquisita, tan dulce y aromática! Al pronto me pareció oro y sólo cuando la probé me dije que era un hallazgo mejor y más agradable que el del oro fino.

— El muchacho no tiene un pelo de tonto, dijo una vocecilla muy suave, y juzgo, querida Majestad, que por sus lisonjas merece que le perdoneis y que le dejemos continuar su viaje. »

Sobre esto se oyó en el árbol un zumbido general, como si todo el mundo hablase á la vez y se disputara; pero nadie salió y Garbullo pudo escapar sin que le persiguieran. Cuando se encontró á cierta distancia, tuvo la curiosidad de volverse y vió el sitio que habia dejado tan brillante que se paró contemplándolo. El sol en su ocaso enviaba vivísimos resplandores á los ramajes de la higuera y en aquella claridad que deslumbraba, podían distinguirse innumerables figurillas transparentes que danzaban en remolino haciendo un ruido musical de un encanto indecible. Garbullo miraba con la mayor atención; pero sea que estuviera muy léjos ó que el sol le diese en los ojos, lo cierto es que no pudo comprender lo que veía. Unas veces parecían grupos de señoras y señoritas con vestidos dorados y cuerpos oscuros; otras

era un enjambre que relucía á los rayos del sol poniente.



Pero como la noche se acercaba más y más y el sol bajaba por detras de las zarzas, Garbullo acabó por no ver nada y continuó su caminata hácia el castillo del señor Abejon.

Mucho, muchísimo anduvo el muchacho creyéndose

siempre hácia el linde de la selva, hasta que por fin hubo de convencerse de que no sabia en dónde estaba. Sentóse otra vez á descansar un rato y le entraron buenas ganas de echar un sueño; pero como temia á los lobos no se durmió y prosiguió su marcha. Por fin se iba á dejar caer de cansancio, y hé aquí que de repente distinguió muchas luces que brillaban al traves de los árboles, y dirigiéndose á aquella parte se encontró al frente de una hermosa casa muy iluminada en la que resonaba un gran alboroto de baile, música y cocina.

Aunque avergonzado por llegar tan tarde, Garbullo llamó á la puerta principal y pidió permiso para hablar al dueño de la casa, si es que el dueño de la casa se llamaba el señor Abejon.

« Podedis entrar si os llamaís Garbullo, le respondió el portero, pues tenemos órden de recibir muy bien á la persona que lleva ese nombre. Nuestro amo da una gran fiesta porque compra este castillo; le hablareís mañana.

— Sea enhorabuena, respondió el muchacho; con efecto, yo me llamo Garbullo.

— Pues en ese caso venid á cenar y á descansar. »

Y le llevaron á un hermoso cuarto que Garbullo tomó por el del amo de la casa y que sin embargo, era el de un criado de los principales. Allí le sirvieron

una rica cena de frutas y de dulces. Garbullo habria preferido una buena sopa con un buen pedazo de pan;



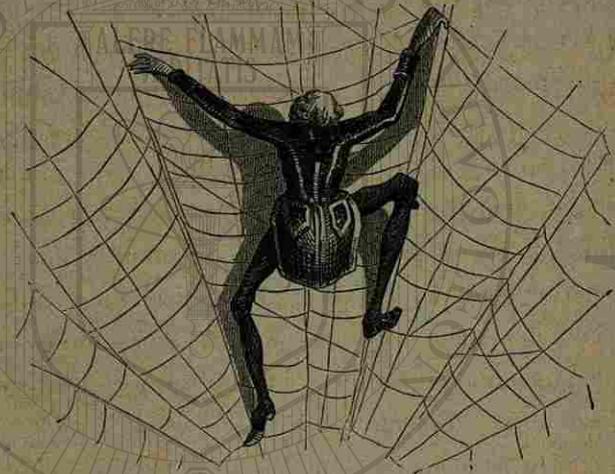
mas no se atrevió á pedirlo, y cuando sació su apetito lo mejor que pudo, le dijeron que podia tenderse en la cama para echar un sueño.

Aprovechó el permiso; pero el ruido que hacian en toda la casa le impidió dormir como habria deseado. A cada instante abrian las puertas y llegaba á él la música de los contrabajos que resonaban como un trueno. Cerraban luego las puertas y parecia que se habia acabado la música; pero entónces se oía el ruido de platos y botellas en la cocina y el cuchicheo de los criados que

parecian tramar alguna cosa, tanto que el pobre Garbullo ora escuchando ora soñando no sabia á punto fijo si estaba despierto ó si dormia.

De repente se imaginó que aquel criado que le trató con tantas atenciones, entraba y se acercaba á su cama. Se plantó delante á mirarle dormir y eso que no parecia tener ojos en su fea cabeza. Garbullo tuvo miedo y quiso hablarle; mas el criado comenzó á hacer *tic, tac*, y á remover brazos y piernas, subiendo al techo y bajando repetidas veces, y cruzando unos hilos sobre otros hilos con mucha prontitud y destreza, sin dejar de hacer un instante *tic, tac*, como la péndola de un reloj. Al pronto estos ejercicios divirtieron á Garbullo; pero cuando se vió envuelto en una red inmensa, se amedrentó nuevamente y quiso hablar, lo cual le fué imposible, pues en lugar de su voz natural lo que salió de su garganta fué un silbido agudo y débil como el de un mosquito. Trató de sacar los brazos de la cama y en vez de brazos sacó unas patitas tan diminutas, que temió romperlas si las ponía en movimiento. Finalmente, hechó de ver que se habia trasformado en una pobre mosca y que el supuesto criado del señor Abejon era una horrible araña de espantosas proporciones, toda velluda y muy ocupada en enredarle en su tela para de-

vorarle. Fué tal el susto que le causó este descubrimiento que se despertó y entónces no vió en el cuarto más que



al criado guardando en el armario botellas llenas, cubiertos de plata, vasos preciosos y las alhajas que robaba durante la fiesta, prometiéndose que achacarian aquellos hurtos á algun pobre diablo ménos favorecido que él con las buenas gracias del amo de la casa.

Garbullo no comprendió inmediatamente lo que hacia, pero lo advirtió cuando el criado se volvió hácia él y con aire asustado y amenadoazr le dijo con una

voz estridente parecida al ruido que hace un reloj desvencijado : « ¿Por qué me miras en lugar de dormir? »

Garbullo que no era tan simple como se creía, aparentó no hacer caso, y levantándose pidió permiso para ir á ver la fiesta, ya que el ruido le impedía dormir. « Anda pues á la fiesta, si te da la gana, » le dijo el criado que deseaba desembarazarse de aquel testigo.

Se apresuró á marcharse : subió y bajó muchas escaleras, atravesó infinidad de cuartos y observó gran cantidad de cosas que aunque eran incomprensibles, le divirtieron sobremanera. En uno de aquellos cuartos habia muchos señores vestidos de negro con señoras muy engalanadas que jugaban con naipes y con dados disputándose montoncillos de oro.

En otra sala otros señores negros y otras señoras vestidas de colorines, bailaban al son de los instrumentos; y los que no tomaban parte en la danza miraban zumbando con tal estrépito que no se oía la música.

Vió luego que comian de pié, con mucho apetito y ménos aseo que el de Garbullo cuando hacia otro tanto. Pasaban de una habitacion á otra, se empujaban, se morian de calor y toda aquella agitada multitud parecia triste ó rabiosa.



Finalmente se hizo de día y abrieron los balcones. Garbullo que había caído medio adormecido en un banco



creyó que salían volando por las ventanas abiertas grandes enjambres de avispas y de zánganos y al despertarse completamente se encontró solo en el polvo. Las luces se apagaban, los criados rendidos de cansancio se arrojaban sobre los sofás y las mesas, en tanto que otros rebañaban los restos del banquete. Garbullo se fué á concluir su sueño apaciblemente bajo los árboles del jardín que era muy hermoso y ostentaba flores magníficas.

Cuando se despertó, bien reposado ya, vió á su frente un señor alto y grueso vestido de terciopelo negro con matiz violeta y tan parecido al que distinguió en sueño bajo la encina de la plazoleta del Abejon que creyó era el mismo, y se lo dijo :

« Buenos dias, señor Abejon, ¿cómo estais desde ayer mañana?

— Garbullo, respondió el opulento señor con la misma voz bronca y estropajosa que Garbullo había oído en su sueño ; me alegró mucho verte, pero me extraña lo que me preguntas porque es la primera vez que nos encontramos. Me noticiaron tu llegada en la noche ; pero yo estaba ya acostado y no pude saludarte. »

Pensando Garbullo que había dicho una tontería hablando de su sueño como de una cosa que el señor

Abejon debía recordar, trató de hacer olvidar sus imprudentes palabras preguntándole si no estaba enfermo.

« No por cierto, disfruto de la mejor salud, respondió el señor Abejon; ¿por qué esa pregunta?

— Porque como dabais un baile, repuso Garbullo que se confundía más y más, me figuré que debiais estar en él.

— No, me habría fastidiado mucho, dijo el señor Abejon. Dí una fiesta para demostrar que soy rico, pero me guardo muy bien de hacer los honores. Pero hablemos de tí, querido Garbullo, te apruebo que me hayas venido á ver, pues desearia hacerte favores.

— ¿Y es porque me llamo Garbullo? preguntó el muchacho que ya no se atrevia á interrogar razonablemente temiendo añadir alguna nueva tontería á las pasadas.

— Justamente, porque te llamas Garbullo, respondió el señor Abejon; y si eso te sorprende, sabrás, hijo mio, que en este mundo no es el caso comprender lo que nos sucede, sino aprovecharlo.

— Muy bien, señor, dijo Garbullo; pero ¿qué favores son los que me hariais?

— A tí te toca hablar, » respondió el señor.

Garbullo se encontró muy apurado, pues nada exci-

taba su deseo de todo lo que habia visto, sin contar con que todo ello le parecia demasiado extraordinario para un pobrecillo como él. Por fin, dijo:

« Lo que os agradecería es un don para que me quisieran mis padres.

— Explicame ante todo, exclamó el señor Abejon, por qué tus padres no te quieren, pues me pareces un chico muy aceptable.

— ¡Ay, señor! replicó Garbullo, dicen que soy tonto.

— En ese caso es preciso darte entendimiento, » dijo el señor Abejon.

Garbullo que ya en su sueño habia rehusado semejante don, no se atrevió á mostrarse desconfiado.

« Y cómo lo podré adquirir? preguntó.

— Tienes que aprender ciencias, amiguito. Figúrate que yo soy un sabio y puedo enseñarte la magia y la nigromancia.

— ¿Pero cómo aprenderé yo esas cosas que ni de nombre conozco, exclamó Garbullo, cuando soy tan tonto?

— No son difíciles esas cosas, respondió el señor Abejon; lo que tendrás que hacer es venirte á vivir conmigo y pasarás por mi hijo.

— Sois muy bueno, señor, dijo Garbullo, pero yo amo mucho á mis padres y no quisiera separarme de ellos. Verdad es que tienen otros hijos y los prefieren á mí; pero yo podría serles necesario y luego estaria mal de mi parte no querer ya ser su hijo.

— Como gustes, replicó el señor Abejon, yo no obligo á nadie. Adios, querido Garbullo, no tengo tiempo de hablar más contigo, puesto que te niegas á vivir en mi compañía. Si cambias de parecer ó deseas alguna otra cosa, ven á verme que siempre serás bien recibido. »

Y sobre esto el señor Abejon entró en unas malezas y se quedó solo Garbullo.

Cuando el muchacho volvía á casa de su padre y llegaba ya cerca, se puso muy contento diciéndose para sí : « Sin saberlo el señor Abejon me ha dado el medio para que me quieran mis padres pues cuando sepan que me han propuesto abandonarlos para ser hijo de un hombre opulento y que yo no he querido otros padres que los que Dios me ha dado, verán muy claro que no tengo mal corazon; mi padre y mi madre me abrazarán y mandarán á mis hermanos que me abracen. »

En cuanto vió á su madre Briñola que le esperaba impaciente al extremo de la huerta, echó á correr y con

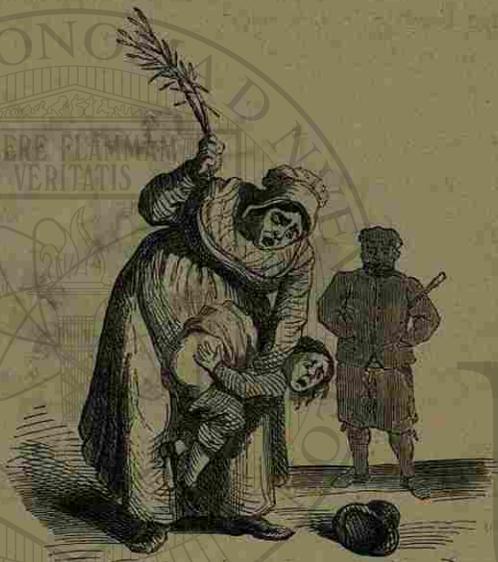
aire risueño quiso arrojarle en sus brazos; pero ella sin darle tiempo le preguntó :



« ¿ Qué traes? ¿ En dónde está el regalo que te han hecho? »

Y cuando vió que nada traía quiso azotarle pensando que habia perdido en el camino lo que le habian dado; pero Garbullo la pidió que le escuchara, diciendo que despues podría regañarle y castigarle si habia faltado en alguna cosa. Y entónces repitió palabra por palabra su conferencia con el señor Abejon; pero en vez de abrazarle y darle gracias, Briñola se armó con una rama de sauce y le sacudió de lo lindo.

A los gritos que daba acudió Farfulla para ver lo que era aquello.



« Mira este pícaro, mal corazón, borracho, dijo la madre rabiosa; ¿pues no se ha negado á ser hijo y heredero de un hombre más opulento que el rey? Y es tan bruto que al despedirse ni siquiera se le ocurrió pedirle un talego de escudos, ó un buen empleo para nosotros en su casa ó un pedacillo de tierra que habria aumentado nuestros bienes. »

Farfulla cogió un látigo y á su vez cayó sobre Gar-

bullo con tal fuerza, que la madre temiendo le matara, se le quitó de las manos diciendo :



« Por hoy basta. »

Garbullo desconsolado preguntó á sus padres lo que debia hacer para agradecerles, y que si querian que viviese con el señor Abejon, se someteria á su voluntad. Mas en tanto que su madre que aún le profesaba algun cariño y habria querido verle rico y bien vestido, decia sí, el padre decia nó porque ni creia en su bondad ni juzgaba posible olvidar los ultrajes que habian hecho á Garbullo; y preferia enviarle de tiempo en tiempo á casa

del señor Abejon prometiéndose que este señor le daría dinero y el muchacho lo traería á la casa por temor de recibir azotes.

Con efecto, á los dos ó tres días le vistieron miserablemente con una chaqueta desgarrada y unos zuecos y lo enviaron así al señor Abejon para hacer creer que sus padres eran muy pobres y arrancarle algunos escudos. Al mismo tiempo le recomendaron que pidiese muchísimo.

Garbullo, chico muy aseado, tenía vergüenza de presentarse con aquellos harapos y casi lloraba. Pero no por esto le recibió mal el señor Abejon; pues no obstante sus bruscos modales y su vozarrón parecía un buen hombre y sobre todo demostraba cariño á Garbullo sin que Garbullo pudiese adivinar por qué.

« Garbullo, le dijo, veo con gusto que piensas en tí mismo. Toma lo que quieras. »

Y le llevó á una cueva muy grande donde había tanto oro, diamantes, perlas y pedrerías que se pisaban las riquezas; esto sin contar siete pozos muy hondos enteramente llenos hasta el borde.

Garbullo para obedecer á sus padres no tomó más que oro, pues ignoraba que los diamantes valen más todavía. Habíanle dicho que tomara muchísimo, de

modo que se atestó todas sus faltriqueras, pero con tanta indiferencia como si recogiera guijarros, porque no comprendía para qué podía servir todo aquello.

Dió, pues, las gracias al señor Abejon más por cumplido que por otra cosa y regresó diciendo: « Esta vez mis padres verán que he obedecido y quizás me den un abrazo. »

Como le pesaba mucho el oro que llevaba encima, se desvió un poco del camino para descansar en la plazoleta del Abejon que no estaba léjos. Allí comió unos puñados de bellotas de la añosa encina, que le parecían mejores que las de los otros árboles de la selva, encontrándolas dulces como azúcar y mantecosas de suaves. Luego echó un trago en el arroyo y se disponía á dormir un rato, cuando hé aquí que sus tres hermanos y sus tres hermanas se arrojaron sobre él y mordiéndole y arañándole le quitaron el oro.

Garbullo se defendía diciendo: « Dejádme que lo lleve yo á casa para que mi padre y mi madre vean que he cumplido su voluntad; y luego os podéis cargar con todo, si os place. »

Pero ellos sin hacerle caso continuaban robándole y maltratándole, cuando de repente resonó un gran ruido en la encina, como si fuera un concierto de diez

mil enormes contrabajos, y al punto un enjambre de gruesos zánganos, avispas y abejones de toda especie, cayó sobre los hermanos y hermanas de Garbullo, picándoles y persiguiéndoles con tal furia que llegaron á



casa hinchados, unos casi ciegos, otros con las manos tan gruesas como la cabeza, todos casi desfigurados y gritando como demonios. Y sin embargo, Garbullo que se habia encontrado en medio del enjambre no tenia una sola picadura y habia podido recoger su oro que llevó intacto á casa. En tanto que Briñola lavaba a sus hijos y les aplicaba calmantes, Farfulla que no pensaba

sino en el dinero, interrogaba y registraba á Garbullo, contentísimo esta vez con el muchacho, si bien le echaba en cara su pereza y falta de ánimo, pues habria debido traer el doble. Los demas chicos tuvieron que acostarse, tan mal estaban y por milagro no murió alguno de ellos.

Mas hé aquí que á la otra mañana Farfulla quiso contar el oro con su mujer, y se quedó atónito viendo que se fundia en sus dedos y se derramaba sobre la mesa en un licor amarillo y glutinoso, que en suma era miel, y una miel muy mala, más amarga que azucarada.

« Lo que es ahora me convenzo de que el señor Abejon es brujo y nos será difícil sacar partido de él, dijo Briñola lavando la mesa con movimientos iracundos. Sin embargo, no nos enemistemos y en vez de pedirle dinero le haremos regalos. Parece que debe ser aficionado á la miel con exceso, y sin duda se ha valido de esta estratagema para que le enviemos algunos buenos panales.

— Claro está, respondió Farfulla; enviémosle lo mejor de nuestras colmenas y creo que entónces nos pagará bien. »

El dia siguiente cargaron un asno con un barril de exquisita miel, y mandaron á Garbullo á casa del señor Abejon.

Mas en cuanto el muchacho llegó junto á la higuera donde habia oído y visto cosas tan sorprendentes, hé aquí que salieron del árbol estrepitosamente muchas abejas y se arrojaron sobre el asno que huyó al galope dejando allí el barril y rebuznando como acostumbra los borricos.

Entónces Garbullo que no sabia qué pensar de tantas cosas extraordinarias, vió que llegaban á su presencia dos damas de maravillosa hermosura, escoltadas



por tantas otras señoras y señoritas que era imposible contarlas. La más alta de todas venia ricamente vestida

y parecia que las otras la llevaban en el aire. A su lado revoloteaba graciosamente una jóven princesa muy bonita.

« ¡ Imprudente ! exclamó la reina (pues por su manto regio y por su afición á que cargaran con su persona, conoció Garbullo que era una testa coronada), dos veces has merecido la muerte, porque te has hecho libertador y sirviente del rey de los abejones nuestro mortal enemigo. Pero mi hija la princesa que ves aquí me ha pedido ya dos veces tu perdon suponiendo que puedes prestarnos algun servicio y vamos á ver sino se equivoca.

— Reina, contestó Garbullo, mandadme lo que gustéis; jamas he tenido intenciones de ofenderos y os encuentro tan hermosa que tendria el mayor placer en servirlos.

— Chiquillo, dijo entónces la reina con su tono más suave, pues era aficionada á la lisonja, escucha bien lo que voy á decirte. Deja ahí la miel que llevabas al rey de los abejones y en cambio le llevarás estas palabras que le agradarán mucho más. Dile que la reina de las abejas está cansada de guerra, habiendo reconocido que los abejones y los zánganos son ahora sobrado numerosos y fuertes para ser derrotados en batalla cam-

30734

pal. Los industriales se ven obligados á dar parte á los conquistadores de las riquezas que han reunido para firmar un tratado de paz. Sé muy bien que el rey de los abejones se cree tan fuerte que pretende imponernos humillantes condiciones; pero sé tambien que ambiciona la mano de mi hija sin esperanzas de obtenerla. Le dirás, pues, que se la doy en matrimonio bajo la condicion de que dejará en paz nuestras colmenas, contentándose con una parte de nuestros tesoros que mi hija le llevará en dote. »

Y habiendo hablado así la reina, desapareció con su



hija y toda su corte; y Garbullo no vió más que muchas

abejas que se colgaban como racimos en las ramas del árbol.

Continuó pues su camino y fué á contar al señor Abejon que las abejas le habian quitado un barril de rica miel que sus padres querian regalarle, y luego repitió palabra por palabra el discurso de la reina, dirigido al rey de los abejones.

« Si quisierais decirme en dónde encontraré yo á ese rey, añadió Garbullo, os lo agradecería, á ménos que no seáis vos el rey, lo que se me ha ocurrido diferentes veces, sin que esto sea tener mala opinion de vuestra persona.

— Todo eso son tonterías, dijo el señor Abejon sonriendo; está muy bien, Garbullo, has desempeñado tu encargo. Y ahora hablemos de tí, ya ves que nunca andarás bien con tus padres, porque ellos son muy astutos y tú muy simple. ¿Quieres quedarte conmigo? Así no les tendrás ya que temer y aprenderás tales cosas que serás amo deliunver so.»

Garbullo suspiró sin responder; y sobre esto el señor Abejon le volvió la espalda, pues no acostumbraba á ocupar mucho tiempo el mismo sitio, y aunque jamas se le veia hacer nada parecia un hombre lleno de quehaceres apremiantes.

Cuantas veces el señor Abejon le hablaba de quedarse en su compañía, Garbullo sentía un temor extraordinario. Regresó pues á casa de sus padres y les refirió lo ocurrido. No le gustaba tener que confesar que la reina de las abejas se habia quedado con la miel poniendo en fuga al asno; pero fué preciso decirlo, y quizá de excusa manifestó que no habia tropezado con vulgares abejas, sino con una reina rodeada de toda su corte y de todo su ejército.

Pensó que le llamarían embustero y visionario; pero Farfulla que creía en brujos porque habia tratado de serlo, se rascó la oreja y dijo á su mujer: « En todo esto hay algo de magia. Garbullo va á ser un día más rico que un rey, puesto que está en camino de hacerse brujo. Muy tonto es, no cabe duda, pero el señor Abejon despertará su inteligencia. Dejémosle que vaya adelante, porque si nos oponemos nos arruinará y perecerán nuestros hijos. Yo tengo para mí que los zánganos que los picaron no eran insectos de baja estirpe. Que se vaya Garbullo, pues si llega á ser tan rico como un rey, por amor propio elevará á la familia á las más altas dignidades. »

Y dirigiéndose á Garbullo, añadió: « Mira, muchacho, vuélvete á casa del señor Abejon, dile que tu padre te

permite que te quedes con él y guárdate de demostrar el menor descontento. Yo te mando que vivas á su lado y si no lo haces ten por cierto que lo pagarán tus costillas. »

Garbullo despedido así salió vertiendo lágrimas. Su madre apesadumbrada un instante le acompañó algunos pasos y luego le dejó despues de abrazarle, lo que causó tal alegría al pobre Garbullo que aceptó su suerte con la esperanza de que sus padres le amarian y le acariciarían cuando se presentara á visitarlos.

El señor Abejon recibió muy bien á Garbullo. Le dió lujosos vestidos, un hermoso cuarto, le sentó á su mesa y destinó tres pajes á su servicio. Luego comenzó á instruirle en el arte de la magia.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FRANCISCO KEYES
1625 MONTERREY, MEXICO

Pero Garbullo no hacia progresos. Le rompian la cabeza con cifras y con cálculos, lo que no le divertía ni le daba á entender tampoco para qué podría servirle. Su riqueza no labraba su felicidad. Le gustaba estar aseado y eso era todo. Veía poquísimo al señor Abejon que parecia siempre muy ocupado y le decia acariciándole las mejillas : « Aprende cifras y cálculos con el profesor que tienes ahora, y cuando sepas bien todo eso, yo te tomaré por mi cuenta y te enseñaré los secretos importantes. »

Garbullo habria deseado querer muchísimo al señor Abejon que tan bien se portaba con él; mas no podia conseguirlo. El señor Abejon era irónico sin ser gracioso, alborotador, sin ser alegre, pródigo sin ser generoso. No se podia saber nunca en qué estaba pensando, si es que pensaba jamas en alguna cosa. Solia mostrarse brusco y brutal; y por lo comun era indiferente. Una de sus manías repugnaba mucho á Garbullo y era la de alimentarse con miel, jarabes y dulces, manía á la que se entregaba con voracidad, hasta el extremo de ponerse sucio, si bien este sistema le aprovechaba teniéndole siempre repleto y rechoncho. A Garbullo no le gustaba besarle porque tenia pringosa la barba.

No obstante lo mucho que gastaba el señor Abejon



era cada dia más rico, y como aquel país tenia á su



frente un monarca muy débil y muy pobre, el señor Abejon le compraba todas sus haciendas, tierras, case-

ríos y bosques. Muy luego le compró también sus cortesanos, sus sirvientes, sus ganados y sus ejércitos. El rey se arruinó hasta un punto que sin el auxilio de algunos criados fieles que le sustentaban, se habría muerto de hambre. Aunque conservaba su título de rey, en realidad no era más que el primer ministro del señor Abejon quien le imponía todas sus voluntades porque se había calzado con el santo y la limosna.

Por aquellos tiempos llegó á la comarca una hermosa y rica princesa, con su madre la reina, porque había proyectos matrimoniales que se habían de tratar con el señor Abejon. Muy luego se pusieron de acuerdo, y se hicieron grandes fiestas para celebrar el enlace del señor Abejon con la bella princesa; convidaron al rey que se chupó los labios en el festin de la boda; y el señor Abejon una vez casado pareció mucho más rico que ántes.

Su mujer tan entendida como hermosa, trataba á Garbullo con mucha amistad; pero Garbullo no podía quererla como lo habría deseado. A la verdad, le daba miedo porque le recordaba aquella princesa de las abejas que había creído ver debajo de la higuera el día en que el enjambre puso en fuga al borrico; y cuando ella le besaba tenía miedo de un picotazo. También la domi-

naba aquella manía de comer miel y jarabes que tanto desagradaba á Garbullo en el señor Abejon. Y á mayor abundamiento, siempre estaba hablando de economías y mientras enseñaban á Garbullo el arte de contar ella le atormentaba repitiéndole en todos los tonos que necesitaba asimismo aprender á producir.

En suma, pareció más tranquila desde aquel tiempo la casa del señor Abejon, pero no más alegre. La esposa era avara y con la mayor dureza hacia trabajar á todo el mundo. Pero el reino aprovechaba y se enriquecía. Se hacían grandes obras, ciudades nuevas, puertos de mar, palacios y teatros; se fabricaban muebles magníficos y preciosas telas; se daban fiestas en las que relumbraban los brillantes, los encajes y los brocados de oro. Eran tales aquellas magnificencias que los extranjeros se quedaban atónitos. Mas no por esto los pobres mejoraban de condicion, puesto que para ganar dinero en aquel país se necesitaba ser muy sabio, muy diestro ó muy fuerte y los que carecían de saber, destreza ó salud se veían menospreciados de todo el mundo y tenían que robar, pedir limosna ó morir de hambre como el anciano monarca. Más aún: se echó de ver que todos se volvían malvados, los unos porque eran demasiado felices y los otros porque no lo eran bastante. Se



disputaban y se aborrecían. Los padres reñían á los hijos porque tardaban en crecer y no ganaban dinero; y los hijos se enfadaban con los padres porque no se morían y les dejaban la herencia. Los maridos y las mujeres no se amaban porque el señor y la señora Abejon que daban el tono no podían soportarse. Habiéndose casado por el interés, sin cesar se echaban en cara el origen; ella decía que él era un plebeyo y él respon-

dia que ella era una becada con ínfulas de nobleza. A veces pasaban á palabras mayores: el esposo la acusaba de avaricia y ella llamaba ladrón á su señor y amo.

Garbullo no asistía á estas contiendas domésticas y no comprendía por qué en un país tan rico y floreciente había tantos descontentos. Lo que es él habría podido ser dichoso, pues sus padres enriquecidos ya, habían dejado de atormentarle y el señor Abejon tenía tantas ocupaciones que no le hacía ningún caso.

Pero el pobre Garbullo andaba muy triste sin saber por qué y se aburría viviendo siempre solo; no tenía amigos de su edad porque los demás muchachos le envidiaban la riqueza por consejo de sus padres; no le enseñaban las cosas que le habría gustado aprender y aunque el señor Abejon le colmaba de regalos y le rodeaba de costosos placeres, le miraba con una indiferencia muy marcada. Por lo demás, no demostraba ni estimación ni desprecio hacia nadie, y un día que Garbullo le avisó diciéndole que el ayuda de cámara le robaba, él contestó á Garbullo: « Estás muy bien; no hace más que su oficio. »

Finalmente cuando Garbullo cumplió quince años, el señor Abejon le tomó del brazo y le dijo: « Amiguito, serás mi heredero, porque los destinos han decretado

que no tendré hijos de mi último matrimonio. Lo sabía y por eso me casé sin temor de causarte perjuicio; serás pues, riquísimo, ya lo eres, en razón á que te pertenece todo lo que poseo. Pero á mi muerte te verás en grandes apuros, habrás de sostener muchos combates para conservar tus bienes porque la familia de mi mujer me odia y si hoy no me hace la guerra es por el temor que la inspiro. La raza entera de las abejas conspira contra mí y sólo espera una ocasión propicia para caer sobre mis haciendas y recobrar todo lo que supone que la pertenece. Es hora pues de que te confie mis secretos, á fin de que la habilidad te sirva contra la fuerza, cuando yo no esté á tu lado. Ven conmigo. »



Y sobre esto el señor Abejon tomó asiento en su carroza con Garbullo y mandó al cochero que se encaminara á la encrucijada del Abejon. Llegados junto á la encina el amo despidió el coche y tomando de la mano á Garbullo, le hizo sentar sobre las raíces del árbol y le dijo :

« ¿Has comido alguna vez de estas bellotas?

— Sí, respondió Garbullo, porque sé que son buenas en tanto que las demas que se hallan en la selva son amargas y propias para los cerdos.

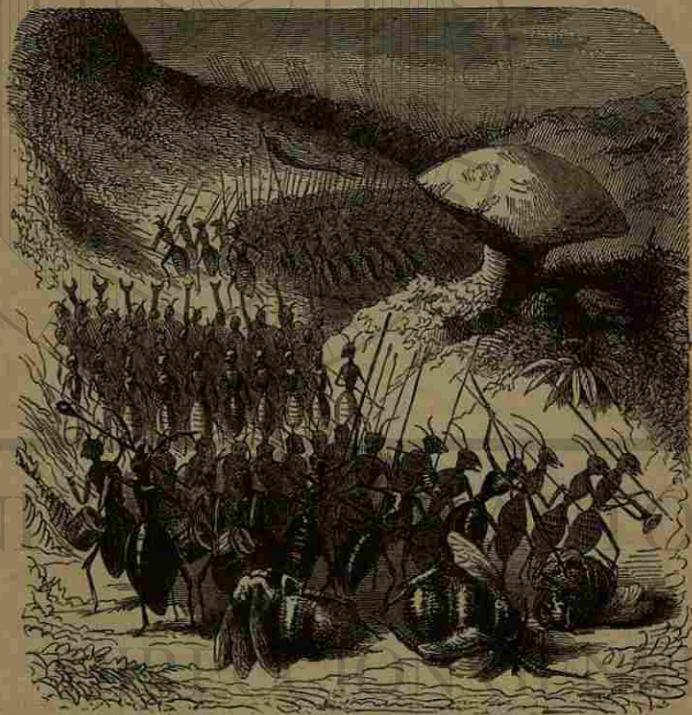
— En ese caso estás más adelantado de lo que piensas. Mira, ya que te gustan, come de esas bellotas. »

Garbullo las comió con alegría porque le recordaban su infancia; pero inmediatamente sintió que se dormía con pesadez y le pareció que veía y oía al señor Abejon como en un sueño.

Vió pues, que el señor Abejon pegaba en la corteza de la encina que se abría, y por la abertura descubrió Garbullo en el interior del árbol una hermosa colmena llena de abejas y de dorados panales; las abejas estaban en sus celdillas limpias y succulentas, como cada una en su casa. Sin embargo, se oían vocecillas que charlaban en los cuartitos diciendo : *Reunamos, reunamos; — guardemos, guardemos; — nequemos, neque-*

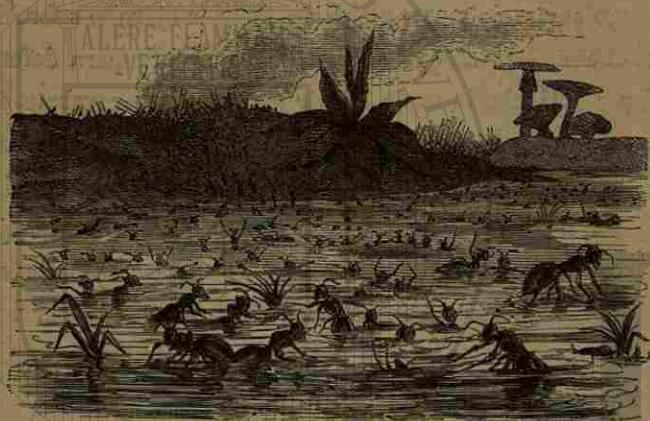
mos; — *piquemos, piquemos*. Pero una voz más alta hizo callar á todas gritando del fondo de la colmena : *Callad, callad, que viene el enemigo*.

Entónces el señor Abejon comenzó á zumbear trepando por el árbol y pegaba con el ala y la pata en la celdilla de la reina que se fortificaba y corría los cerro-



jos. El señor Abejon soltó un vozarron sonoro como una trompa de caza y al punto aparecieron miles, millones y millones de millones de zánganos, abejones y de avispas que oscurecieron el cielo como una nube y luego se precipitaron como un terrible ejército sobre la colmena. Las abejas se decidieron á salir para defenderse y Garbullo pudo asistir á un furioso combate en el que cada cual trataba de picar con el aguijon á su enemigo, si no podía comerle la cabeza. La pelea acabó de ser horrible cuando de las ramas de la encina bajó otro ejército que sin tomar partido en la contienda, se proponía matar al acaso para llevarse y devorar los cadáveres. Era toda una república de hormigones que tenía su capital á corta distancia y que había ido á tomar el fresco sobre las hojas, para chupar en tanto la miel que corría de la colmena, pues las hormigas son tan aficionadas á la miel como los mismos zánganos. Cada vez que un insecto herido caía de espalda, ó rodaba en las convulsiones de la ira y de la agonía, veinte hormigas acudían á él, le picaban, le destrozaban y despues de haberle dado muerte á fuego lento, llamaban á veinte compañeras que llevaban al hormiguero aquel cadáver. En medio de aquel desórden la miel que chorreaba por las puertas rotas de las celdillas, paralizó de

tal modo á los combatientes y á los ladrones, que muchos perecieron ahogados en la melosa laguna, ó atravesados por sus enemigos de los que no podían defen-



derse. Por fin los zánganos se quedaron dueños del campo de batalla y entónces comenzó una orgía de las más repugnantes. Los vencedores atracándose de miel en medio de las víctimas y pisoteando cadáveres de familias enteras, se embriagaban de una manera tan indecente que muchos reventaron de indigestion y rodaron confundidos con los muertos y los moribundos.

En cuanto al señor Abejon á quien habían entregado las llaves de la colmena en una bandeja de plata,



se echó á reir del modo más odioso y asiendo á Garbullo del pescuezo, le dijo : « Vaya, holgazan, menéate y aprovecha la ocasion que por tí se ha hecho toda esa matanza. Atrácate, roba y mata, pronto, pronto. »

Y le lanzó al fondo de la colmena que se había convertido en un lago de sangre. Garbullo se agitó para salir de allí y rodando á lo largo de la encina fué á caer en la capital de las hormigas donde al instante mismo sintió sobre su cuerpo treinta millones de pares de tenacillas que le pellizcaban tan atrocemente que se

despertó lanzando un grito muy agudo. Mas cuando abrió los ojos nada de lo que vió era extraordinario :



la encina se había vuelto á cerrar, el hormiguero había desaparecido, algunas abejas revoloteaban discretamente sin meterse con nadie, algunos zánganos bebían las gotitas de agua que el arroyo hacía saltar sobre las yerbas de las márgenes y el señor Abejon tan tranquilo como de costumbre miraba á Garbullo sonriéndose.

« ¿Qué hay señor dormilon? le dijo; ¿así tomas tus lecciones? ¿Conque te abandonas al sueño mientras yo te explico las leyes de la naturaleza? »

— Os pido mil perdones, respondió Garbullo sobrecogido de horror todavía. No celebro haber dormido, pues he tenido sueños abominables.

— Está bien, está bien, replicó el señor Abejon, es

menester acostumbrarse á todas las cosas. ¿En qué estábamos?

— A la verdad, no me acuerdo, dijo Garbullo; pareceme que me mandabais matar, robar y atracarme.

— Algo como eso era, repuso el señor Abejon; te explicaba la historia natural de los zánganos y de las abejas. Te decía que las abejas trabajan para ellas, que son muy hábiles, muy activas, muy ricas y muy avaras; en tanto que los zánganos ni trabajan tan bien ni saben hacer miel; pero poseen el talento especial de saber apoderarse de lo ajeno. Tampoco son tontas las hormigas que se edifican ciudades asombrosas; pero las llenan de cadáveres para alimentarse en el invierno y no hay nacion más rapaz ni más unida para hacer daño á las otras naciones. Esto quiere decir que en el mundo hay que ser ladrón ó robado; asesino ó asesinado; tirano ó siervo. A tí te toca elegir: ¿quieres conservar como las abejas, reunir tesoros como las hormigas ó robar como los zánganos? Lo más seguro, á mi juicio, es dejar trabajar á los aficionados, y entre tanto, robar, robar, hijo mio, empleando para ello la fuerza ó la destreza; es el único medio de alcanzar la dicha en este mundo. Los avaros reúnen lentamente y gozan poco de lo que poseen; los ladrones son siempre ricos aún cuando gasten, pues así

que han devorado mucho vuelven á las andadas y como hay siempre trabajadores económicos, siempre es posible enriquecerse á sus expensas. Ahí tienes, amiguito, el resumen de toda la ciencia, elige, y si quieres ser zángano entrarás en el círculo de los mágicos al que yo pertenezco.

— ¿Y qué me sucederá cuando sea mágico? preguntó Garbullo.

— Sabrás apoderarte de lo ajeno, respondió el señor Abejon.

— ¿Qué debo hacer para eso?

— Prestarás juramento de renunciar á toda compasión y á esa especie de virtud que llaman probidad.

— ¿Todos los mágicos hacen ese juramento? preguntó Garbullo.

— Algunos juran lo contrario, contestó el señor Abejon, y se comprometen á servir, proteger y amar á todo lo que respira; pero esos son mentecatos que por vanidad toman el título de genios benéficos y no tienen ningun poder en la tierra. Viven en las flores, en los arroyos, en los desiertos, en los peñascos y los hombres no les obedecen; ni aún siquiera los conocen y por tanto son pobres genios que se alimentan de aire y rocío teniendo un cerebro tan vacío como su estómago.

— Pues señor Abejon, replicó Garbullo, no habeis logrado darme entendimiento porque yo prefiero esos



últimos al vuestro y me niego á aprender la ciencia que consiste en matar y robar. Os doy muchísimas gracias por vuestras buenas intenciones y os pido permiso para volver á casa de mis padres.

— ¡Necio! exclamó el señor Abejon, tus padres son zánganos que han olvidado su origen, aunque conservan todos los instintos y hábitos propios de la raza. Si ántes te castigaban porque no sabias robar, te van á matar ahora que no puedes saberlo y que te niegas á que te lo enseñen.

— En ese caso me iré á los desiertos que decís, donde viven los genios benéficos, contestó Garbullo.

— Amiguito, no irás, respondió el señor Abejon con voz terrible y moviendo encolerizado sus ojos que parecían dos ascuas; tengo mis razones para no dejarte marchar y te haré tantas picaduras que te quedarás ahí por muerto si me resistes. »

Y habiendo hablado así el señor Abejon, extendió sus alas y recobrando su forma de horrible insecto, se lanzó sobre el pobre Garbullo que echó á correr á escape. Durante un rato pudo defenderse apartándole con su



sombrero; y al fin viéndose á punto de ser devorado, perdió la cabeza y se precipitó en el arroyo bajando á nado su corriente con gran velocidad; pero á cada instante el infame insecto se arrojaba á sus ojos para dejarle tuerto, y el muchacho tenía que meter la cabeza en el agua á riesgo de morir ahogado. Viéndose perdido exclamó :

« Socorredme, genios benéficos, no consentais que se apodere de mí ese malvado. »

En el mismo instante salió de una mata de flores silvestres una bellísima mariposa de alas azules, que acercándose á Garbullo, le dijo :

« Sígueme, continúa nadando y no tengas miedo. »

La mariposa echó á volar delante de él y seguidamente se desencadenó un terrible aguacero que molestaba mucho al señor Abejon porque no sabía volar con una lluvia tan fuerte. La mariposa se reía de su apuro y continuaba adelante. El arroyo crecía y arrastraba á Garbullo que ya no tenía fuerzas para nadar. El señor Abejon trató de asir su presa; pero la lluvia que caía en gotas enormes le sumergió en el arroyo. Sin embargo, se libró como pudo, á nado, y saltó á las yerbas de la orilla, donde le perdió de vista Garbullo.

Y entre tanto el muchacho seguía adelante guiado

por la mariposa hasta que acertó á pasar al frente de la casa de su padre, donde vió á la ventana á sus herma-



nos y hermanas, riéndose de él porque creían que iba á morir ahogado. Garbullo quiso detenerse á saludar pero la mariposa se lo prohibió y le dijo :

« Sígueme, si me abandonas estás perdido.

— Gracias, señora mariposa, respondió Garbullo, os obedeceré en todo y por todo. »

Y soltando el árbol que había asido para deteneres,

continuó nadando con velocidad suma, pues el arroyo se había convertido en torrente y corría como una flecha. Cuando hubo dejado atrás la casa y el huerto de sus padres, Garbullo oyó á sus hermanos y hermanas que se burlaban de él gritando con toda la fuerza de sus pulmones : *Astuto como Garbullo que se arroja al agua por temor de la lluvia.*





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



SEGUNDA PARTE

De cómo Garbullo se arrojó al fuego por temor de quemarse.

Cuando hubo hecho Garbullo como unas doscientas leguas á nado, se sintió algo cansado y tuvo hambre, y eso que no había empleado más de dos horas en aquella caminata. Largo tiempo hacia que ya no bajaba la corriente del arroyo y que navegaba en alta mar sin notarlo, pues le parecía estar soñando y no se daba cuenta exacta de lo que pasaba en su derredor. Ya no veía la mariposa azul; sin duda le abandonó cuando el arroyuelo entró en el río que había llevado á Garbullo hasta la mar.

Haciendo un gran esfuerzo para reconocerse, Gar-

bullo observó que había perdido la figura humana; en vez de piés y manos tenía hojas verdes mojadas; su cuerpo era de madera cubierto de musgo, su cabeza una magnífica bellota y muy dulce, á juzgar por el gusto azucarado que sentía Garbullo, aunque no en la boca, pues la había perdido. Mucho le sorprendió verse en aquel estado: su viaje le había metamorfoseado en una rama de encina que flotaba en el agua. Los peces corpulentos que encontraba á miles le olfateaban al paso y al instante volvían la cabeza desdeñosamente. Las aves acuáticas caían sobre él para devorarlo y en cuanto le miraban de cerca se apartaban, porque sin duda no era apetitoso para ellas. Por fin acudió un águila enorme que con mucha suavidad le asió con el pico y se le llevó por el espacio.

Garbullo tuvo miedo al verse en tales alturas; pero muy luego notó que el aire á la par que le secaba le daba fuerzas y sustento, pues se calmó su hambre y se habría encontrado muy á gusto, si los proyectos del águila respecto de su persona no le hubiesen parecido sospechosos.

Sin embargo, como seguía pensando y racionando bajo su nueva forma de ramaje, se dijo:

« Debo estar cerca de la tierra puesto que el águila,

que no es un ave acuática, me ha venido á buscar al agua, y si me lleva en su pico, no es para devorarme en razón á que se alimenta con carne y no con bellotas; sin duda me va á utilizar con otros ramajes para su nido, y muy luego estaré en lo alto de un árbol ó de una peña. »

No se equivocaba el muchacho. Pronto distinguió las márgenes de un islote desierto donde no había más



que árboles, yerba y flores que brillaban al sol y embalsamaban el ambiente á veinte leguas en contorno.

El águila le dejó en su nido y salió en busca de otros ramajes. Garbullo cuando se vió solo tuvo buenas ganas de largarse; pero ¿cómo lo haría no teniendo piernas? Siquiera cuando navegaba, se decía, el agua me empujaba y mé llevaba adelante; pero ahora ¿qué será de mí? Me voy á convertir en una rama seca y no habrá remedio para mí; tengo encima la muerte.



Garbullo derramó algunas lágrimas; mas luego recobró ánimo pensando que las hadas ó los genios benéficos le habían protegido contra los asaltos del horrible abejon, y que sin duda le habían metamorfoseado así para preservarle de sus persecuciones. Con mucho gusto los habría invocado nuevamente y sobre todo á la mariposa azul que le había hablado en el arroyo; pero estaba mudo como un tronco é imposibilitado de hacer por sí mismo el menor movimiento.

Mas hé aquí que de repente una furiosa ventolera

barre el nido del águila y trasporta á Garbullo al centro de la isla.

En cuanto Garbullo toca la tierra ve agitarse en su derredor todas las yerbas y todas las flores y un hermoso narciso blanco á cuyo pié se halló detenido, le besa en la mejilla y le dice: « ¡Conque al cabo estás aquí, querido Garbullo! ¡muchísimo tiempo te hemos esperado! »



Una margarita se echa á reir y exclama: « Ahora

si que nos vamos á divertir teniendo aquí á Garbullo. »

Y una espiguilla silvestre añade : « Propongo un baile para festejar la llegada de Garbullo.

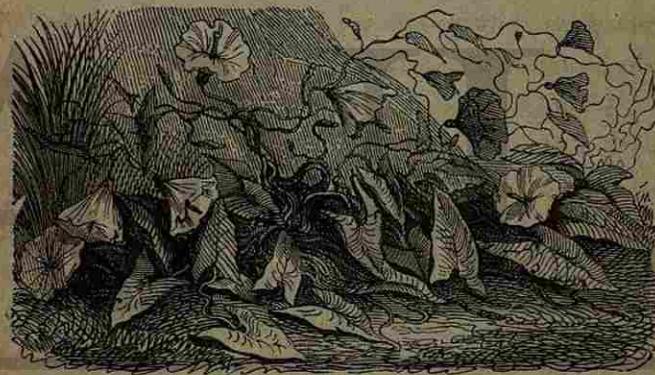
— Paciencia, contestó el narciso que parecía muy razonable; nada se puede hacer en honor de Garbullo mientras no le haya visto la reina.

— Cierto, dijeron las otras plantas; pero tengamos cuidado con el viento porque podía jugarnos la mala pasada de llevarse de aquí á Garbullo. Nos enlazaremos alrededor de nuestro amigo. »

Dicho y hecho. El narciso extendió sobre la cabeza de Garbullo una de sus grandes hojas y le dijo : « Duerme, Garbullo, que te presto un buen quitasol. » Cinco ó seis primaveras se tendieron á sus piés, una porcion de muguetes tiernos se sentaron sobre su pecho y una docena de amables vinca-pervincas se arrollaron en su derredor y se enlazaron tan bien que el peor viento del mundo no habria podido arrancarle de aquel sitio.

Reanimado Garbullo con el buen olor de aquellas afables plantas, con la frescura de la yerba y la agradable sombra del narciso, se durmió deliciosamente, en tanto que los muguetes le contaban bonitos cuentecillos y las margaritas entonaban cantares á diestro y siniestro, pero que le mecían en los sueños más gratos.

Al cabo le despertaron otras voces. Era que cantaban y bailaban en su derredor, todo el mundo parecía muy alegre; las campánulas se agitaban con estrépito, las gramíneas tocaban las castañuelas, los muguetes hacían mil piruetas y reverencias y hasta el grave narciso cantaba con furor en tanto que las margaritas se reían á carcajadas.

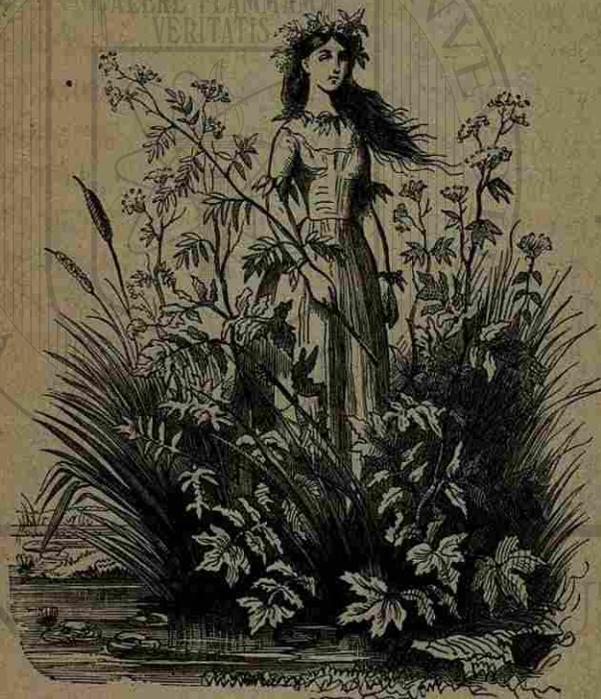


« Criaturas sin seso, exclamó entónces con tono maternal una voz suavísima, ¿ no teneis que darme ninguna buena noticia esta mañana ? »

Inmediatamente millones de voces contestaron en coro : ¡ Garbullo ! ¡ Garbullo ! ¡ Garbullo ! Y apartándose como un cortinaje todas las plantas descubrieron á los

hechizados ojos de Garbullo la lindísima figura de la soberana.

Era en efecto la Reina de los prados, esa flor bella,



elegante, menuda y aromática que brota en la primavera y se complace en los lugares frescos.

« Levántate, mi querido Garbullo, y ven á dar un beso á tu madrina. »

Al punto sintió Garbullo que volvía á tener piés, brazos y manos, que renacía entera y verdadera su antigua persona. Se levantó con presteza y toda la pradera lanzó un grito de alegría con la aparición del verdadero Garbullo. La reina se dignó despojarse de su disfraz y se mostró bajo su forma natural que era la de una hada más hermosa que la luz del día, más fresca que el mes de mayo y más blanca que la nieve; lo único que conservó fué su corona de flores de reina de los prados que mezclándose con su rubio cabello, parecía más primorosa que una corona de grupos de perlas finas.

« Vamos, criaturas, dijo, levantaos también y que los ojos de Garbullo os vean como sois. »

Hubo un momento de vacilación y el narciso tomando la palabra contestó :

« Bien sabes querida reina que necesitamos una de tus divinas sonrisas para recobrar toda nuestra belleza y estás tan ocupada con Garbullo que no piensas en dirigirnosla. »

La reina se sonrió naturalmente ante aquella reconvencción y Garbullo que vió también como un relámpago la sonrisa, experimentó un movimiento de gozo miste-

rioso que le produjo una sensación indecible. Todo el prado se resintió igualmente : habríase dicho que el rayo de un sol mil veces más claro y suave que el que alumbra á los hombres había reanimado y trasformado todas las cosas vivas. Todas las flores y yerbas, todos los arbustos de la isla, vinieron á ser otros tantos silfos, hadas menudas y genios diminutos, unos bajo el aspecto de niños tan bellos como los amores, niñas encantadoras, jóvenes alegres y juiciosos; otros con la figura de encopetadas señoras, nobles ancianos y hombres de fisonomía abierta y franca, altos y robustos. En suma, se complacia la vista en ver todo aquello, lo mismo á los jóvenes que á los ancianos, lo mismo á los pequeños que á los grandes. Todos vestían finísimas telas, las unas brillantes y las otras de tan suaves colores como los de las plantas cuyo nombre y emblemas habían adoptado. Los niños hacían las travesuras más graciosas, las personas graves los contemplaban con amor y protegían sus juegos. Los jóvenes bailaban y cantaban hechizando á todos con su gracia y su modestia. Todos y todas se llamaban hermanos y hermanas y se amaban como hijos de la misma madre, y la madre era la reina de los prados, eternamente joven y bella, que mandaba con sus sonrisas y gobernaba con su afecto.

Tomando de la mano á Garbullo le paseó por medio de los numerosos grupos que se habían formado en el prado, y cuando todo el mundo le hubo festejado y acariciado, ella le dijo :



« Te doy completa libertad para que te diviertas y seas dichoso. Esta fiesta no será larga porque tengo muchos negocios que despachar; no durará más de cien años que puedes aprovechar para aprender nuestra ciencia mágica. Aquí se hacen las cosas pronto y bien. Pasada la fiesta hablaré contigo y te diré lo que debes saber para ser un mágico perfecto.

— Muy bien, querida madrina, ya que lo sois, contestó Garbullo; me inspirais tal confianza que haré todo lo que queráis. Pero ¿quién me instruirá aquí?

— Todo el mundo, dijo la reina; todo el mundo sabe lo que yo, puesto que he dado á todos mis hijos mi ciencia y mi sabiduría.

— ¿Y nos vais á dejar durante esos cien años? preguntó Garbullo; lo sentiria en el alma pues os quiero con todo el amor que habria consagrado á mi madre si me lo hubiese permitido.

— No te abandonaré por el corto tiempo que he de pasar á tu lado y con mis demas hijos, respondió la reina; me quedaré en medio de vosotros, tú me verás siempre y podrás hablarme ó interrogarme; pero como conoces, tus hermanos y hermanas desean festejarte y que estés contento. No seas insensible á su deseo, pues toda esa alegría, toda esa felicidad que les embriaga segun estás viendo, se cambiarian en tristeza y en lágrimas si tú no les profesaras el cariño que ellos y ellas te profesan.

— No lo quiera Dios, » dijo Garbullo; y se lanzó en medio de la fiesta.

Garbullo no se preguntó por qué toda aquella gente tan bondadosa, tan bella y feliz consagraba semejante

cariño á un pobre desconocido como él que salia del mundo de los malvados. No puso en duda la sinceridad de aquel sentimiento. Inmediatamente comprendió que amor con amor se paga, y no pensó en otra cosa.

La fiesta fué magnífica y el tiempo que hizo inmejorable. Sin embargo, á veces llovió; pero era una lluvia tibia que olia á rosa, violeta, reseda y demas aromas que hay en el mundo, y daba tanto gusto el sentir que caia aquella lluvia como el sentirla tambien que se secaba en el cabello á los rayos de un hermoso sol que se despachaba á absorberla. De cuando en cuando hubo tormentas, con ventolera y truenos, lo cual formaba un espectáculo de imponderable hermosura y que se admiraba gratis. Habia grutas inmensas donde se ponian



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

al abrigo para contemplar la mar embravecida, el cielo encendido y para oír los cantos tan extraordinarios como sublimes que producía el viento en los árboles y en las rocas. Nadie tenía miedo, ni aún los silfos y geniecillos más diminutos, porque sabían que no corrían peligro ninguno. A veces los arroyos crecían hasta transformarse en torrentes, y entonces se desencadenaba entre niños y niñas un alegre tumulto para atravesarlos; sucediendo que cuando por acaso caía alguno en la corriente, los demás se reían con mayor fuerza, pues nada daba la muerte en aquel país, donde ni aún siquiera se conocían las enfermedades. No obstante, ocurrían ciertos accidentes. Los silfos de naturaleza turbulenta se caían de las copas de los árboles, y había niñas que se picaban los dedos en las espigas de los rosales y de las acacias. Los jóvenes que ejercitaban sus fuerzas solían por descuido derrumbar un peñasco que rodaba sobre unos ancianos que platicaban muy tranquilos al pie de la cuesta. Pero inmediatamente que se veía una herida fuese grande ó pequeña, la menor gota de sangre hacía acudir á todo el mundo y todos á porfía trataban de derramar la primera lágrima sobre aquella llaga, pues así se curaba al instante como por encanto. Sin embargo, el incidente causaba un movimiento de dolor general,



como si todo el mundo sintiese el mismo mal del herido. Entonces llegaba la reina á toda prisa, se sonreía y como el herido se había curado ya, todos se consolaban y se absorbían en un nuevo júbilo debido á la sonrisa de la reina.

En aquel país consistía el alimento en frutas, semillas y jugo de las flores; pero aderezaban todo esto con tal primor, variaban tanto las mezclas, que todos los platos eran exquisitos. Todo el mundo preparaba, servía y comía los manjares. No había elección de convidados, y que fuesen jóvenes ó viejos, alegres ó formales, todos

se mostraban agradables en igual escala. Unos hacían reír á carcajadas, en tanto que otros eran admirados por su sabiduría ó entendimiento. Nadie se aburría ni aún aquellos que debían estar graves con los sabios, porque estos hablaban con mucha gracia y nadie abría la boca sino movido por la amistad que profesaba á los otros. Las noches eran tan hermosas como los días : cada cual se dormía en donde se encontraba, en el musgo, en la yerba, en las grutas iluminadas por millones de luciérnagas. Los que no querían dormir por lo



hermosa que estaba la luna, se paseaban en el agua, en las selvas, en los montes y siempre encontraban con quien hablar, pues por todas partes había grupos que se entregaban á las delicias de la música ó que celebraban la belleza de la naturaleza y la felicidad de los castos amores.

Por fin trascurrieron los cien años cada uno de ellos como un día y cuando al fin del último se presentó la reina y tomó de la mano á Garbullo, el muchacho se sorprendió porque se creía al principio de la fiesta.

« Querido jóven, le dijo, tengo que hablarte; la fiesta se va á concluir, vente conmigo adonde estemos bien solos. »



Subió con Garbullo á la cumbre más alta de la isla y desde allí le hizo admirar la belleza de la comarca de las flores, donde danzaba y cantaba aún, á la primera claridad de las estrellas, aquella raza feliz y encantadora que constituía como si dijéramos su familia.

Garbullo sobrecogido de la más honda tristeza por primera vez hacia cien años, exclamó diciendo :

« Pero ¿ por desgracia voy á separarme de todos esos amigos? ¿ Volveré á ser un ramaje de encina? ¿ Regresaré al país en donde reinan las abejas avaras y los zánganos ladrones? Querida madrina, no me abandoneis, no me hagais salir de aquí; me sería imposible vivir en otra parte y léjos de vos me moriría de pena.

— No te abandonaré nunca, Garbullo, dijo la reina, y si quieres te quedarás aquí eternamente ; pero escucha lo que tengo que decirte y tú verás lo que has de hacer.

« El país en donde has nacido y que definitivamente ha tomado hoy el nombre de reino de los abejones, porque el señor Abejon ha sido elegido rey, era ántes de tu nacimiento un país como todos, malo y bueno, pues habia en él gente malvada y gente bondadosa. Tus padres no eran de los mejores y sus hijos se los parecían. Tú llegaste el último y por una feliz casualidad pasé yo en el instante de tu nacimiento por la selva

donde vivía tu padre. Tu madre estaba en la cama, tu padre te examinaba y decía que eras más endeble que sus otros hijos. Con una voz gangosa le oí decir en el umbral de su puerta : « Este chiquillo me costará mucho y no me producirá nada. No sé en qué pensaba mi mujer cuando me ha dado un hijo tan feo y raquítico ; si no temiera enfadarla, le ahogaba ahora mismo como si fuera un gato. » Pasaba yo entónces por el arroyo bajo la forma de una mariposa azul, disfraz que debo tomar cuando temo encontrarme con el rey de los abejones. Yo bien me figuraba que tu padre no te mataría ; pero comprendí que no era hombre de bien y que no te profesaría el mayor cariño. No podía impedir semejante desgracia ; pero mi necesidad de hacer bien por donde quiera que paso, me dió la idea de adoptarte por ahijado dotándote de mansedumbre y de bondad, lo que á mis ojos, era lo mejor que podía ofrecerte.

« Te besé de paso y habiéndote rozado con mis alas, continué mi viaje, pues iba con una misión cerca de la reina de las hadas, y en cuanto llegué á su lado lo primero que hice fué pedirle licencia para hacerte dichoso. Al instante me la concedió ; pero muy luego vimos llegar al rey de los abejones que se enfadó con ella y conmigo y profirió una porción de amenazas diciendo que



le habia sido prometido tu país y que nadie más que él tenia derecho y poder sobre todos sus habitantes.

«Sabrás, Garbullo, que con arreglo á nuestras leyes, se ha señalado por morada una parte grande ó pequeña de la tierra á cada una de las razas de espíritus superiores, buenos ó malvados, que pueblan el mundo de las hadas y de los genios; pero el derecho en cuestion se limita á cierto número de siglos ó de años, y luego cambiamos de residencia á fin de que la misma porcion de tierra no sea eternamente perversa y desgraciada. Así se explica que las naciones florecientes caen en la barbarie y las naciones bárbaras se hacen florecientes, segun nuestras influencias buenas ó malas que reinan en ellas.

«La reina de las hadas es tan justa como puede serlo, teniendo que habérselas con tantos espíritus maléficos contra los cuales los buenos han de estar en guerra y lo están desde el principio del mundo; pero está escrito en el libro de las hadas que los espíritus malos, hijos de las tinieblas, acabarán por corregirse y que la reina no debe ni exterminarlos ni privarles de los medios para enmendarse. Tiene, pues, que escuchar sus promesas, que creer á veces en su arrepentimiento y que permitirles emprendan nuevas pruebas. Cuando ellos han abusado de su paciencia y bondad, los castiga obligándolos á vivir años ó siglos bajo la forma de ciertas plantas y ciertos animales. Todos poseemos la facultad de trasformarnos así, segun se nos antoja; pero cuando sufrimos la metamórfosis por castigo, no podemos abandonar la forma que se nos impone, en tanto que la reina no revoque lo mandado.

—Estoy seguro, dijo Garbullo, que jamas habeis sido castigada de ese modo.

—Cierto, respondió modestamente la reina de los prados; pero volviendo á tu historia, sabrás que en aquella época el rey de los abejones que habia gobernado tu país unos cuatrocientos años ántes, devastándolo y maltratándolo horriblemente, sufría desde aquel

tiempo un infame castigo. Era simple abejon, animalucho estúpido, condenado á arrastrarse, á robar y á zumbar sobre una añosa encina de la selva, que él mismo había plantado antiguamente cuando fué amo y tirano de la comarca.

— ¿Cómo puede existir un genio bajo esa forma vil y vivir siglos enteros lo mismo que los animales? preguntó Garbullo.

— Eso sucede todos los dias, respondió la hada. Nada le distingue de los demas animales si no es el sentimiento de su miseria, de su afrenta y de su deplorable inmortalidad. Trescientos ochenta y ocho años hacía que vivia trasformado así el rey de los abejones cuando tú viniste al mundo; muy largo te parecerá ese tiempo; pero ten entendido que en la vida de los seres inmortales es cortísimo y por tanto no era muy duro el castigo.

— ¿Y cómo es, preguntó Garbullo atento á todo, que el rey de los abejones, trasformado en simple abejon estaba en el palacio de la reina de las hadas cuando fuisteis á pedir permiso para hacerme dichoso?

— Fué, respondió la reina de los prados, porque cada cien años, como quien diría cada hora entre vosotros, la reina reúne su consejo y permite á todos su

subordinados, áun á los que sufren una trasformacion afrentosa sobre su tierra, que comparezcan ante su tri-



bunal para que pidan alguna gracia, ó den cuenta de alguna mision ó demuestren algun arrepentimiento. Pero los genios maléficos son orgullosos y rara vez se arrepienten con sinceridad. El rey Abejon más bien estaba allí por hacer burla de la reina, y no pudo dudarse cuando la recordó que segun su propia sentencia, su pena espiraria á los cuatrocientos años, en cuyo

tiempo volvería él a tomar el imperio de tu país. « Por tanto, decía, el Garbullo me pertenece, y la reina de los prados (quiero callar los groseros epítetos que me aplicó) no tiene derecho para quitármele é instruirle á su capricho. » La reina de las hadas reflexionó y luego se pronunció en los términos siguientes : « La reina de los prados que es mi hija, ha dotado á ese niño de mansedumbre y de bondad ; nadie puede anular el don de una hada hecho sobre una cuna. Garbullo será pues, humilde y bueno ; pero es mucha verdad que Garbullo os pertenece. Para arreglarlo todo voy á tomar una medida que si sois razonable os impedirá que le causeis ninguna molestia. Sabreis que sólo él podrá libertaros de vuestra condena. El día en que os diga : « Anda, y sé feliz, » cesareis de ser un simple abejon, podreis abandonar vuestra añosa encina y reinar en el país. Pero tendreis presente que habeis de hacer á Garbullo muy dichoso, pues el día que se le antoje dejaros, yo permitiré á su madrina que le proteja de vuestras asechanzas y si vuelve luego para castigaros por vuestra ingratitud, no os prestaré ningun socorro contra él. »

« Y sobre esto la reina dió por terminado el consejo, yo me vine á mi isla y el rey de los abejones se fué á

su encina, donde doce años despues, contados dia por dia, tu bondad te hizo pronunciar estas palabras fatales : *Anda, y sé feliz.*

« Inmediatamente el malvado insecto que te habia picado volvió á ser rey de los abejones y tomó al instante el nombre del señor Abejon, pues la reina le habia prohibido que se presentara con las armas en la mano y no podia ni desposeer al antiguo rey, ni hacerse poderoso por la fuerza.

« Ya has visto, Garbullo, lo que ha hecho ese genio maléfico : ha seducido y corrompido á los hombres de tu país con sus riquezas ; ha aumentado su poder casándose con la princesa de las abejas, que es en realidad la princesa de la avaricia ; ha enriquecido á muchos poniendo floreciente el país en apariencia ; pero sin perseguir á los pobres se las ha gobernado de tal modo, que los deja morir de hambre porque ha hecho egoistas y malvados á los ricos. Cada dia los pobres han venido á ser más ignorantes y malos por las penalidades que sufren ; tanto que todo el mundo se detesta en ese desdichado país, donde se mueren muchas personas de tedio y de pena, y hay tambien quien se mata por hastío de la vida, teniendo más que lo suficiente para no desear nada en la tierra.

« Así pues, Garbullo, continuó la reina, hace ya cien años que has dejado tu país del modo que había



anunciado la reina de las hadas. Tu buen corazón no ha podido soportar el horror natural que te causaba el rey de los abejones. Quiso esclavizarte y pudiste huir de sus garras; ahora reina y sigue viviendo puesto que es inmortal; pero se hace el viejo y habla sin cesar de su próximo fin para que no se inquieten sus súbditos. Tus padres ya no existen. No hay una sola en vida de todas las personas que has conocido. La riqueza ha crecido en ese país al nivel de la maldad; los hombres se matan

unos á otros, se roban, se arruinan, se aborrecen de muerte. Los pobres imitan á los ricos; se matan entre sí y roban á los ricos lo más posible: es aquello una guerra continua. Las abejas, los zánganos y las hormi-



gas se entregan á un trabajo incesante para perjudicarse y devorarse mutuamente, y todo esto proviene de que el espíritu de avaricia y de rapiña ha sofocado los sentimientos de bondad y complacencia en todos los corazones, y también de que se ha olvidado una gran ciencia que sólo tú posees entre todos los hombres nacidos en esa tierra de desgracia. »

Garbullo comenzó por llorar la muerte de sus padres, como si hubiesen sido dignos de sus lágrimas y

los habría llorado largo rato si la reina de los prados que deseaba atendiera á sus discursos, no le hubiese obligado á tranquilizarse con una de sus mágicas sonrisas. Sintiendo entónces que se despertaba como de un sueño, el pasado se oscureció á su vista y no pensó más que en el porvenir.

« Mi querida madrina, exclamó, decís que sólo yo entre todos los hombres de mi país, poseo una gran ciencia. En otro tiempo me repetían sin cesar que yo era un simple. El rey de los abejones quiso instruirme y durante tres años me hizo estudiar la ciencia de los números, sin que esos conocimientos me hayan aprovechado en lo más mínimo. Me trajisteis aquí donde me habeis dado cien años de placeres y felicidades que ni por asomos conocía; pero nadie ha pensado más que en divertirme, en acariciarme, en ponerme contento, y de veras, he estado tan contento, tan alegre, me he entregado tanto á los goces y quizás á las locuras de la fiesta, que jamás se me ha ocurrido hacer ninguna pregunta y por consiguiente no estoy más adelantado en la magia que el primer día. No puedo ser otra cosa que un necio ó un atolondrado de lo que me da mucha vergüenza, pues se me figura que en el espacio de cien años habría debido aprender todo lo que puede saber un mortal

cuando vive en medio de las hadas y de los genios.

— Garbullo, dijo la reina, te acusas sin razon y te engañas completamente si crees que nada has aprendido. Vamos á ver, interroga tu propio corazon y dime si no posees el secreto más maravilloso que hayan podido presentir los mortales.

— ¡Ay! madrina, respondió Garbullo, no he aprendido aquí más que una cosa, y se reduce á amaros con todo mi corazon.

— Perfectamente, replicó la reina de los prados, ¿y qué otra cosa te han dado á conocer mis hijos?

— La dicha de ser amado, contestó Garbullo, dicha que anhelaba sin conseguirla nunca.

— Pues nada más bello ni que sea más verdad puede enseñarte nadie. Tú sabes lo que ignoran los hombres de tu país, lo que han olvidado completamente, lo que ni siquiera sospechan. Eres mágico, Garbullo, eres un genio benéfico, tienes más ciencia y sabiduría que todos los doctores del reino de los abejones.

— Siendo eso así, exclamó Garbullo que comenzaba á ver claro en sí mismo y no se creía ya tan tonto, la ciencia que me habeis dado curaría á los habitantes de mi país de su malicia y de sus penalidades.

— Seguramente, respondió la reina; pero ¿qué te

importa á tí, hijo mio? Ya nada tienes que temer de los malvados y aquí estás al abrigo de las venganzas del rey de los abejones. Serás inmortal miéntras habites en mi isla, jamas ningun pesar, pasarás los días en siglos de fiestas. Olvida la malicia de los hombres y déjalos entregados á sus infortunios. Volvamos ahora al concierto y al baile pues en tu honor quiero prolongar los festejos una jornada entera de cien años. »

Garbullo consultó á su corazon ántes de responder y de repente se le ocurrió esta idea : « Lo que mi



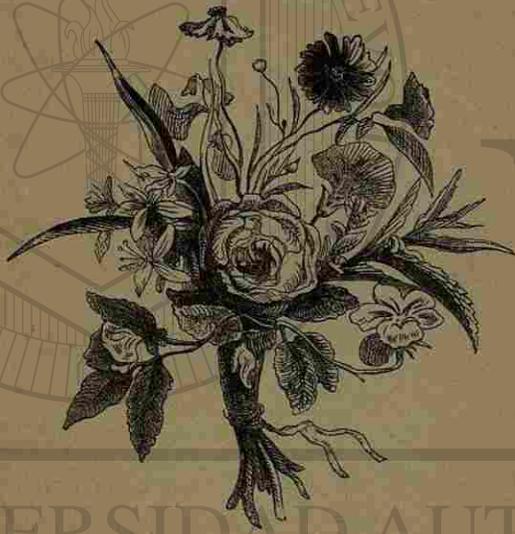
madrina me dice es una prueba; si aceptara dejaria de estimarme y yo mismo tampoco me estimaria : » Y arrojándose á los brazos de su madrina exclamó : « Madrina, quiero una sonrisa para no morirme de pena al dejaros, pues tengo que apartarme de vuestro lado. Aunque me haya quedado sin padres ni amigos en mi país, soy hijo de ese país y le debo mis servicios. Siendo rico, puesto que poseo el más bello secreto del mundo, debo utilizarle en beneficio de esas pobres gentes que se aborrecen y que

por tanto son bien dignas de lástima. Por más que yo sea feliz como un genio, gracias á vuestras bondades, no por eso dejo de ser un simple mortal y quiero dar parte de mi ciencia á los demas mortales. Me habeis enseñado á amar; y sucede que amo á esos malvados y á esos locos que quizas me aborrecerán, lo que no impide que mi deseo sea el de volverme con ellos. »

La reina abrazó á Garbullo, mas no pudo sonreirse. « Anda, hijo mio, le dijo; mi corazon se despedaza con esta separacion; pero te amo más todavía porque comprendes tu deber y que mi ciencia ha fructificado en tu alma. No te doy ni talisman ni varilla para proteger tu vida contra las empresas de los pícaros abejones, pues está escrito en el libro del destino que todo mortal humanitario debe arriesgarlo todo, hasta su propia existencia. Sin embargo quiero ayudarte á mejorar la condicion de los hombres de tu país : te permito, pues, que cojas en mi prado cuantas flores quieras llevarte, y cada vez que hagas respirar una de ellas á un mortal, verás que se suaviza y se hace más tratable : tu entendimiento consumará la obra. Por lo que toca al rey de los abejones y á su familia, tiempo hace ya que estarian corregidos si eso dependiera de mis flores, pues desde el principio del mundo se alimentan con sus mejores ju-

gos ; pero eso no ha podido cambiar su carácter brutal, cruel y ávido. Guárdate cuanto puedas de semejantes tiranos ; yo trataré de auxiliarte ; mas sin embargo, no te oculto que la lucha será terrible y peligrosa, y que no me es dado pronosticar su desenlace. »

Garbullo recogió un grueso ramillete mientras llo-



raba y suspiraba. Todos los habitantes de la isla feliz habian desaparecido ; estaba concluida la fiesta, sólo que, cuantas veces se bajaba Garbullo para cortar una planta, oia una vocecilla quejumbrosa que le decia :

« Coge, coge, querido Garbullo, coge mis hojas, mis flores, mis ramajes, y que te sirvan mucho, y ojalá vuelvas pronto. »

Muy oprimido tenia Garbullo el corazon ; habria querido besar á todas las yerbas, á todos los árboles, á las flores todas de aquel prado. Por fin se fué á la orilla donde le esperaba su madrina que tenia en la mano una rosa de la que arrancó una hoja para dejarla caer en el agua, despues de lo cual dijo á Garbullo :

« Ahí tienes tu embarcacion, anda y sé dichoso en la travesía. »

Le abrazó con ternura y Garbullo saltó á la hoja de rosa y en ménos de dos horas llegó á su país.



En cuanto llegó á tierra acudieron muchos marineros maravillados al ver á un niño en una hoja de rosa,



pues debe advertirse que Garbullo no había envejecido ni de un día en los cien años que acababa de pasar en la isla de las Flores; seguía teniendo sus quince años y como era pequeño y menudo para su edad, nadie le habría dado más de doce. Pero los marineros no se entretuvieron mucho en admirar á Garbullo y su modo de viajar; no pensaron más que en apoderarse de la hoja de rosa que verdaderamente era notabilísima, grande como un barquichuelo y tan sólida que no dejaba penetrar en su hueco ni una gota de agua.

«Dinero vale esa nueva invencion, decian los marineros; ¿cuánto quieres por ella, muchacho?»

Y como todos eran ricos se apresuraban á ofrecer los bolsillos á Garbullo, pujando á porfía y amenazándose unos á otros.

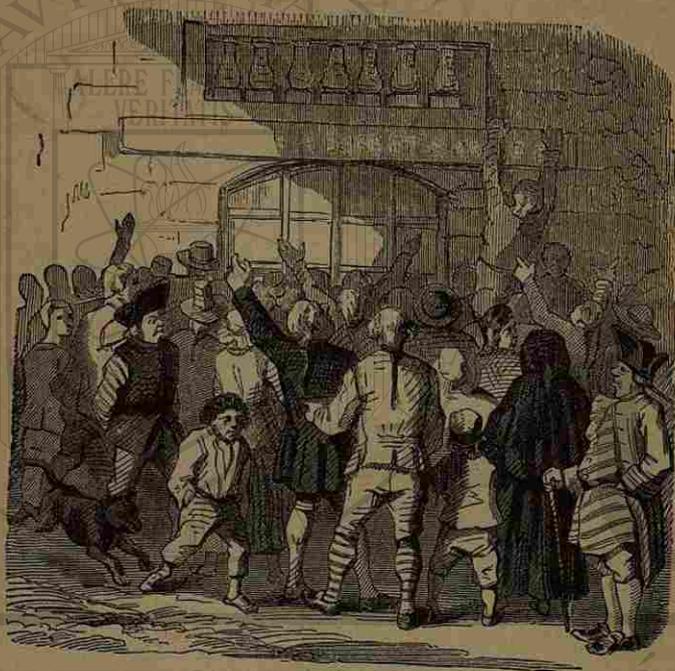
«Si os gusta tanto mi barca, tomadla,» dijo Garbullo.

En cuanto hubo hablado así los marineros se arrojaron como furiosos sobre la barca, golpéandose, arrancándose el pelo y lanzándose al mar unos á otros para obtenerla. Pero como la barca era una hoja de rosa de la isla encantada, en cuanto la tocaron sintieron los efectos de su virtud; se calmaron con su olor delicioso y en vez de continuar la pelea, convinieron en conservar la barca para todos ellos á fin de enseñarla como una curiosidad á beneficio de todos.

Concluido el trato dieron las más expresivas gracias á Garbullo por su generoso regalo y aunque todavía conservaban modales bruscos, le convidaron sinceramente á que comiera con ellos y se hospedara en la casa que más le agradara de todas las de los marinos.

Garbullo aceptó la comida y como llevaba los vestidos con que salió del país hacia cien años, fué como un objeto curioso para toda aquella poblacion marítima. La gente se agolpó á la puerta de la taberna

donde comia con los marinos y habiéndose esparcido la noticia de su llegada en una hoja de rosa, se amo-



tinó la muchedumbre y comenzó á gritar que era preciso apoderarse del muchacho, encerrarle en una jaula y enseñarle en todo el país por dinero.

Los marineros que habian convidado á Garbullo trataron de rechazar á aquella multitud; pero cuando

vieron que crecia por instantes aconsejaron al chico que se escapara por una puertecilla falsa y que se escondiera: « Son gentes muy malas, le dijeron, y capaces de mataros en la refriega para apoderarse de vuestra persona.

— Voy á su encuentro, contestó Garbullo levantándose, y los calmaré.

— No hagais eso, exclamó una anciana que servia la comida, porque os sucederia lo que al difunto Gar-



bullo, que segun me contó mi abuela, se ahogó en el rio queriendo librarse de la lluvia. »

Garbullo estuvo á punto de soltar la carcajada; se levantó y abriendo la puerta se fué en medio de la muchedumbre llevando delante su ramillete que apli-

caba con presteza á las narices de los que querian echarle mano. Así que hubo hecho la experiencia sobre unas cien personas, estas le rodearon para protegerle contra las demas; y poco á poco, como las flores de la isla encantada no se marchitaban y esparcian siempre un perfume que no habria absorbido la respiracion de cien mil hombres, toda la poblacion de aquel puerto se calmó como por milagro. Entónces en vez de querer encerrar á Garbullo, cada cual quiso festejarle, ó por lo ménos hacerle preguntas sobre su país, sus viajes, la edad que tenia y sobre su capricho de navegar en una hoja de rosa.

Garbullo contó pues, que llegaba de una isla á la que todo el mundo podia ir con la única condicion de que el carácter de la persona fuese bondadoso y capaz de amar; habló de la felicidad que allí se disfrutaba, de la belleza, la tranquilidad, la libertad que reinaban entre sus excelentes habitantes; y por último, sin decir nada que pudiese hacerle reconocer por aquel Garbullo cuyo nombre habia venido á ser proverbial y sin comprometer á la reina de los prados en el reino de los abejones, enseñó á aquellas gentes la maravillosa ciencia de amar y de ser amado que habia aprendido él.

Al pronto le escucharon riéndose y diciendo que no estaba en su sano juicio, pues los súbditos del rey Abejon eran muy burlones y no creian en nada ni en nadie. Sin embargo, les divirtieron mucho las narraciones de Garbullo y todo les agradaba en él, su sencillez, su lenguaje y vestidos á la antigua, los cuales á fuerza de vejez les parecian nuevos, su modo gracioso y claro de decir las cosas y una gran cantidad de cancioncillas, fábulas, cuentos y apólogos que jugando y riendo le habian enseñado los silfos en la isla de las Flores. Las damas y los señoritos de la ciudad se lo disputaban y apreciaban tanto más la sencillez del muchacho cuanto que el lenguaje de ellos habia venido á ser muy alambicado y pretencioso; por poco habrian dicho que era Garbullo un prodigio de inteligencia, un sabio precoz que habia estudiado los autores antiguos, un poeta que hacia una revolucion en la república literaria. Los ignorantes no iban tan allá: se contentaban con oírle sin cansarse y aunque no comprendian la significacion de sus cuentos y canciones, lo cierto es que se sentian más felices ó mejores cuando Garbullo cantaba ó hablaba.

Garbullo pasó ocho dias en aquella ciudad y luego se trasladó á otra. Gracias á sus flores y á su bonito

modo de hablar, era bien recibido en todas partes y en breve tiempo llegó á ser tan célebre que todo el mundo hablaba de él y los ricos hacian largos viajes sólo por verle. Sorprendia por su carácter confiado que le llevaba al encuentro de todos los peligros; y así fué que sin conocerle por el verdadero Garbullo, le pusieron por apodo su verdadero nombre, diciéndose todos que justificaba el proverbio, si bien notaban asimismo que el peligro parecía huir de él siempre que le buscaba.

El rey de los abejones supo por fin la noticia de la llegada de Garbullo y los milagros que hacia, pues Garbullo habia recorrido ya la mitad del reino y se habia formado un gran partido con personas que sostenian que la felicidad está en la bondad y no en la riqueza. Muchos ricos daban pues todo lo que poseian, y aún se arruinaban por los demas para alcanzar, segun creian, la felicidad verdadera. Los que aún no habian visto á Garbullo se burlaban de aquella nueva moda; mas así que le veian comenzaban á decir y á hacer lo que los otros.

Todo esto acabó por llamar la atencion al rey Abejon. Se dijo que el tal Garbullo podía ser muy bien el mismo que vanamente habia querido tener en su corte, y no dejaba de reconocer que desde la marcha de

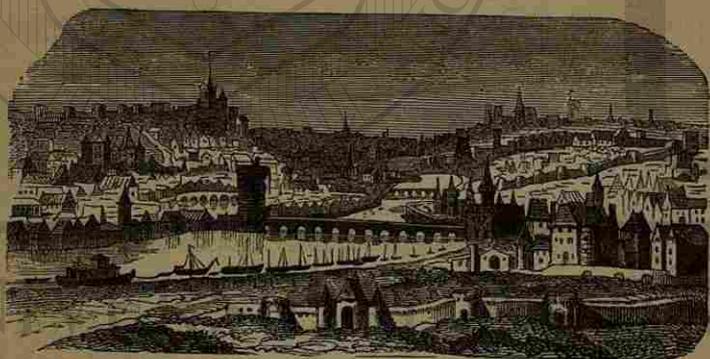


Garbullo siempre habia sido él desgraciado en medio de su riqueza y poderío porque cada día se habia hecho más codicioso y malo, y cada día era tambien más temido y más aborrecido de todo el mundo. Entónces se le ocurrió la idea de llamar á Garbullo á su lado para conquistarle, y si era preciso para encerrarle en una torre donde le guardaria como un talisman contra la desgracia.

Le envió pues, una embajada para suplicarle que eligiera residencia en su corte



Garbullo aceptó y salió para la capital del reino, no obstante las súplicas de sus nuevos amigos que temían los pérfidos designios del monarca; pero como



Garbullo quería dar su secreto á aquella gran ciudad, se decía : « Con tal de que yo pueda practicar el bien, el mal que me pueda caer encima no me importa. »

Fué muy bien recibido por el rey que aparentó no reconocerle, como si hubiese olvidado lo pasado; pero Garbullo comprendió inmediatamente que ni había cambiado ni pensaba en enmendarse. De todos modos él se despachó á comunicar su ciencia á los habitantes de la capital, con lo que se hacía muy simpático.

Cuando vió el rey que aquella ciencia se aprendía pronto y gustaba tanto que ya comenzaban á abrir los ojos respecto de él, le desobedecían y hasta le amenazaban con destronarle en favor de Garbullo, se puso furioso; pero se contuvo todavía y llevando su astucia adelante llamó á Garbullo á su gabinete y le dijo :

— Me aseguran, querido Garbullo, que posees un ramillete de flores soberanas contra toda clase de males; y como me duele muchísimo la cabeza quisiera oler esas flores á ver si encuentro alivio. »

En aquel momento olvidó Garbullo lo que le había dicho su madrina, que no tendría ningun poder sobre el rey de los abejones ni sobre nadie de su familia, y que ni aún las flores podrian ejercer su virtud sobre esos espíritus malos. Muy al contrario, el pobre chico pensó que unas plantas tan raras tendrian el don de suavizar al tosco soberano. Sacó pues, de su seno el precioso ramillete siempre tan lozano como el día que le había

cogido y que ningun poder en la tierra habria podido



arrancarle, puesto que todos cuantos le respiraban sufrían su hechizo; mas hé aquí que al presentarlo al rey, este hundió su dardo ponzoñoso en el corazón de la rosa más bella, se oyó un grito

penetrante y se vió una gruesa lágrima que salieron del seno de la rosa y Garbullo sobrecogido de horror y de desesperacion dejó caer el ramillete.

El rey de los abejones se apoderó de las flores, las hizo añicos, las pisoteó y soltando una carcajada dijo á Garbullo :

« Ahí tienes el caso que yo hago de tu talisman : ahora vamos á ver quién es el más poderoso de nosotros dos y si tú continuarás moviendo los ánimos contra mí persona.

— ¡ Ay ! contestó Garbullo, bien sabeis que nunca he dicho nada contra vos, que no envidio vuestra corona y que si he enseñado la mansedumbre y la paciencia no por eso os hago correr ningun peligro. No

teneis más que hacer otro tanto y dar el buen ejemplo, todos os amarán y nadie deseará otro soberano.

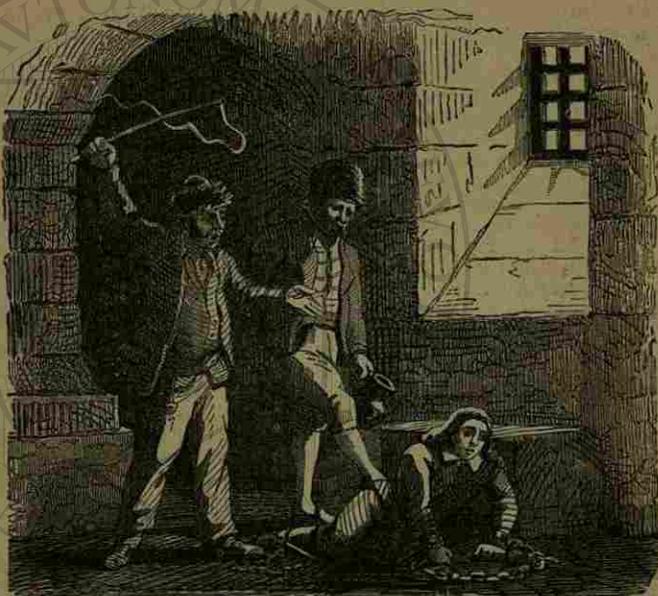
— Está muy bien, repuso el rey, me gustan mucho tus bonitos versos y tus alegres canciones y como no quiero que se pierda nada de eso, irás á un lugar en donde todo quedará bien guardado. »

Sobre esto llamó á sus guardias y como Garbullo no tenia ya su ramillete, le cogieron, le ataron, le arrojaron al fondo de un calabozo negro como un horno, donde habia sapos, salamandras, lagartos, murciélagos, arañas y toda especie de feos animales ; pero no hicieron ningun daño á Garbullo quien en poco tiempo los domesticó á todos haciendo amistad hasta con las arañas que parecían apreciar mucho sus bonitas canciones.

Sin embargo, no por esto dejaba Garbullo de ser muy desgraciado : le mataban de hambre y de sed, no tenia un puñado de paja para acostarse, estaba cargado de pesadas cadenas, tanto que no podia hacer ningun movimiento, y aunque no se quejaba, sus carceleros no se cansaban de injuriarle y sobre todo le molían á golpes.

De todos modos, muy luego se notó que habia desaparecido Garbullo, y durante algun tiempo el rey

pudo hacer creer que le habia enviado de embajador á casa de uno de sus vecinos; pero por fin se descubrió



que estaba preso; y los hombres malos muy numerosos todavía, dijeron que el rey habia hecho bien y que así debería tratar á todos los que menospreciaban las riquezas y preconizaban la bondad en su reino.

Los que se habian convertido y eran buenos lloraron á Garbullo y en los primeros días sufrieron las

menazas y las injurias; pero como Garbullo no estaba con ellos para contenerlos y predicarles la mansedumbre, por fin se sublevaron y estalló una terrible guerra que muy luego hizo en el país horribles destrozos.

La crueldad del rey no tuvo límites: todos los días ahorcaban, quemaban y desollaban por centenares á



los revoltosos, y estos fuera de sí, no trataban mejor á los enemigos que caían en sus manos. Garbullo agobiado por el dolor dentro de su encierro oía los gritos y los ayes, y sus carceleros que comenzaban á temer por el gobierno, le decían:

« Ahí tienes tu obra, Garbullo; creías enseñar el secreto para ser feliz en el mundo y ya estás viendo lo que sucede : mira cómo los hombres se quieren, mira cómo van las cosas. »

Poco faltó para que Garbullo no perdiera toda confianza y llegara á dudar de la reina de los prados; pero combatía con todas sus fuerzas su desesperación y no dejaba un instante de decir : « Mi madrina acudirá en auxilio de este pobre país y si yo he hecho mal, ella sabrá remediarlo. »

Una noche que Garbullo no dormía, lo que más ó ménos le sucedía á menudo y que contemplaba un rayo de la luna que penetraba por una grieta de la pared, vió un cuerpecillo que se agitaba en el rayo y reconoció á su querida madrina bajo la forma de la mariposa azul que le dijo :

« Garbullo, ha llegado la hora de hacer un esfuerzo supremo; por fin he obtenido permiso de la reina de las hadas para vencer al rey de los abejones y arrojarle de este país; pero ha sido con una condición espantosa y que apenas me atrevo á comunicarte.

— Hablad, querida madrina, contestó Garbullo; soy capaz de todo para aseguraros la victoria y para salvar á este infortunado país.

— ¿Expondrias tu vida? preguntó la reina de los prados con una voz tan triste que los murciélagos, los lagartos y las arañas del calabozo de Garbullo se despertaron sobresaltados.

— Si debo morir, respondió Garbullo, que se cumpla la voluntad de las potencias celestes; con tal de que conserveis cariño á mi memoria, querida madrina, y que á veces se cante en la isla de las Flores una coplilla en honor del pobre Garbullo, podeis creer que moriré contento.

— Pues bien, replicó la hada, prepárate á morir Garbullo, porque mañana estallará una guerra más espantosa que la que hoy existe. Mañana perecerás en el tormento, sin un solo amigo á tu lado y sin tener siquiera el consuelo de ver el triunfo de mis armas, pues tú serás una de las primeras víctimas del furor del rey de los abejones. ¿Tienes valor para eso?

— Sí, querida madrina, » contestó Garbullo.

La reina de los prados le dió un beso y desapareció.

Todo el tiempo que tardó en amanecer, que no fué poco, lo pasó Garbullo cantando en su calabozo, para distraerse de la idea de la muerte, con suave y tierna voz, las bonitas canciones que había aprendido en la isla de las Flores. Los lagartos, salamandras, arañas

y ratas que le hacian compañía se enternecieron tanto que formando corro en torno de Garbullo entonaron á su vez el canto fúnebre en su lengua llorando y pegándose cabezadas en las paredes.



« Amigos míos, les dijo Garbullo, aunque yo no comprenda mucho vuestro lenguaje, veo que me teneis lástima en el duro trance en que me encuentro. Gracias os doy, pues léjos de despreciaros por vuestra fealdad y triste condicion os estimo tanto como si fuerais mariposas cubiertas de pedrerías ó pájaros soberbios. Me basta ver que teneis buen corazon para hacer mucho caso de vosotros. Os suplico que cuando yo no

exista, os mostreis con todos los presos que vengan aquí tan buenos y afectuosos como os habeis mostrado conmigo.

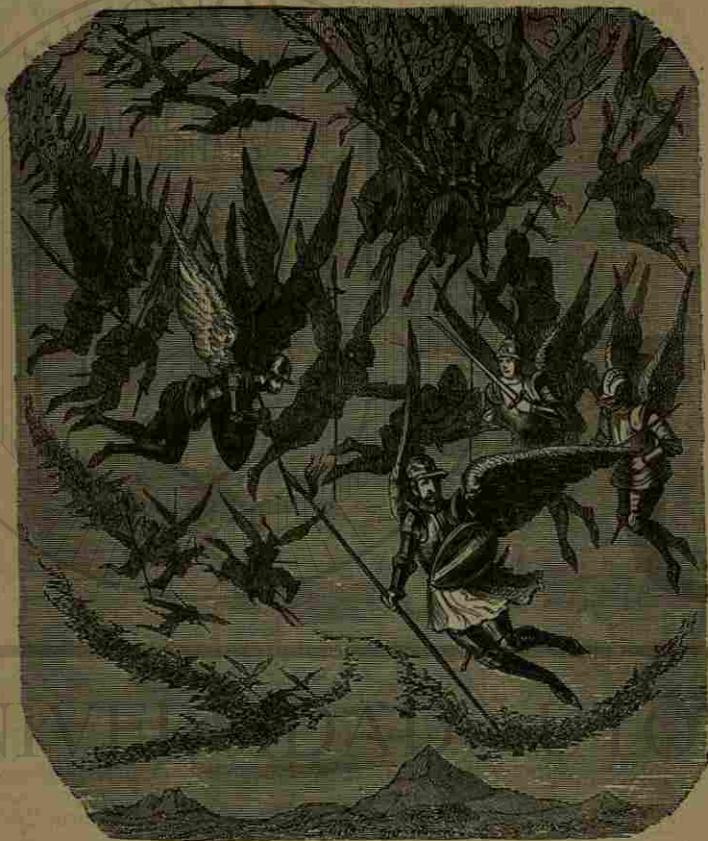
— Querido Garbullo, respondió en lenguaje muy claro un grueso raton de barba blanca, ten entendido que somos hombres como tú. Estás viendo en nosotros los últimos mortales que cuando saliste del país hace más de cien años conservaron el amor al bien y el respeto á la justicia. El pícaro rey de los abejones no pudiendo darnos la muerte, nos arrojó en este encierro y nos condenó á las repugnantes metamórfosis que sufrimos; pero hemos oido las palabras de la hada y vemos que está próxima la hora de nuestra libertad que deberemos á tu muerte: por eso en vez de regocijarnos, derramamos lágrimas. »

En aquel instante amaneció y se oyó un sonido fúnebre de campanas y luego un espantoso estrépito, gritos, risas, amenazas, cantos, injurias; trompetas, tambores, pífanos, fusilería, cañon, en suma, un alboroto como si el infierno anduviera suelto.

Era el principio de la gran batalla.

La reina de los prados á la cabeza de un innumerable ejército de pájaros que habia traído de su isla, apareció en los aires, primeró como un negro nubarr-

ron y luego como una multitud de guerreros alados y



emplumados que caían sobre el reino de los zánganos y de las abejas.

Al ver aquel refuerzo, los insurrectos del país volvieron á tomar las armas, los partidarios del rey hicieron otro tanto y se formaron en batalla en una explanada que rodeaba el palacio regio.

El rey de los abejones que no tenía costumbre de mirar por los aires, sino hácia el suelo, no hizo al pronto gran caso de la sediccion, y se concretó á reunir su ejército que se componia en gran parte de miembros de su familia, pues equipó más de cuarenta millones de jóvenes abejones hijos de su primer matrimonio, y entre tanto su esposa la princesa de las abejas, alistó á sus hermanas, en igual número, formando con ellas un regimiento de amazonas muy temible.

Mas hé aquí que un cortesano alzó los ojos y viendo en los aires el ejército de la reina de los prados, avisó al rey que inmediatamente se puso sombrío y comenzó á zumbar de la manera más espantosa.

« Muy grande es el peligro, dijo. Dejemos que se destrocen entre sí á esos miserables mortales pues no somos bastantes para defendernos del ejército de pájaros que nos amenaza. »

A lo cual replicó la princesa de las abejas :

« Perdeís la chabeta, Señor; jamas podremos de-

fendernos contra los pájaros tan ágiles como nosotros y con mejores armas. Si podemos herir á algunos, ellos en cambio nos devorarán á centenares. Un solo recurso nos queda y es sacar de la cárcel á Garbullo, ahijado predilecto de la reina de los prados, que pondremos en lo alto de un monton de yesca y de azufre, amenazando á esa reina enemiga con pegarle fuego si no se retira inmediatamente.

— Esta vez, esposa mia, teneis razon », dijo el rey ; y con efecto plantaron á Garbullo encima del monton de yesca y de azufre rodeado por el ejército de los



abejones, y enviaron un parlamentario elocuente á la reina de los prados para comunicarla la firme resolucion del rey que consistia en quemar vivo al pobre Garbullo si ella rompía las hostilidades.

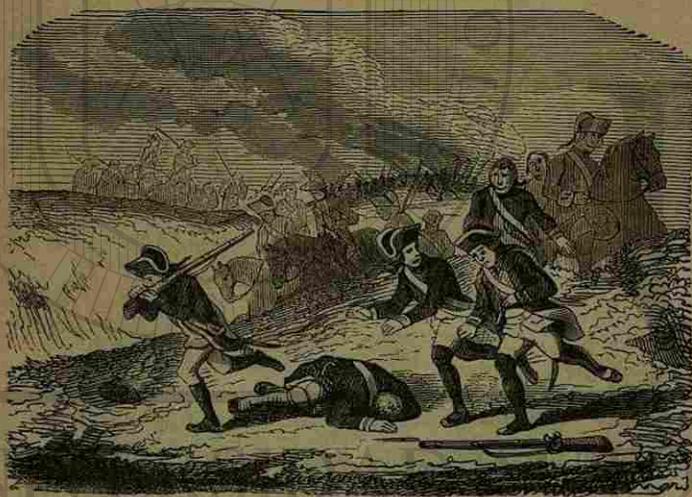
Al ver á Garbullo en peligro de muerte, la reina de los prados sintió que su corazon se oprimia y faltándola valor iba á dar la señal de la retirada, cuando



comprendiendo Garbullo lo que pasaba en el corazon y en el ejército de la reina, arrancó la tea de manos

del verdugo, la arrojó en medio de la yesca y se precipitó en medio de las llamas donde se redujo á ceniza en un instante.

Los partidarios del rey se echaron á reir diciendo : « Este Garbullo es tan astuto como el otro que se arrojó al agua por temor de la lluvia ; puesto que se arroja al fuego por temor de ser quemado vivo. Ya estais



viendo que el profesor de felicidad suprema es un mentecato. »

Mas no tuvieron mucho tiempo para reirse aquellos malvados, porque la muerte de Garbullo fué señal del

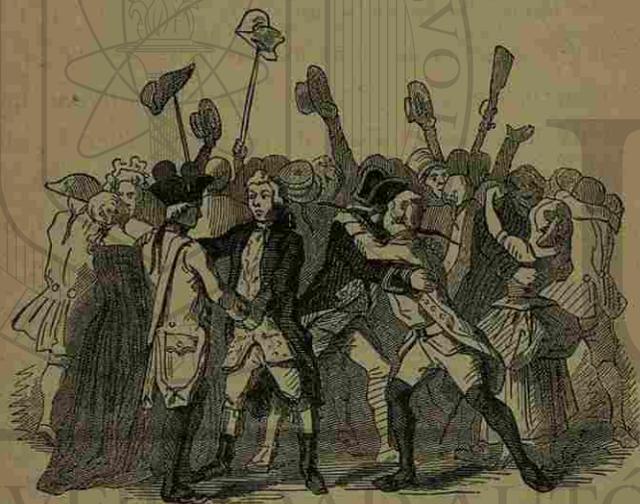
gran combate. Los ejércitos se lanzaron uno sobre otro ; pero cuando vieron los partidarios del rey que las tropas reales no acudian todas en su socorro, se desbandaron y perdieron la batalla.

En este tiempo el ejército de los abejones y el de las abejas combatian contra el de los pájaros. Todos habian recobrado sus formas mágicas y los hombres vieron con horror una batalla inconcebible. Insectos grandes como personas luchaban rabiosos contra pájaros de los cuales el menor tenia la corpulencia de un elefante. Los terribles dardos de ciertos animales se clavaban á veces en los sensibles flancos de las alondras, las currucas y las palomas ; pero los diestros abejarucos devoraban á miles las abejas ; las águilas las [espachurraban á centenares de cada aletazo, los casoares presentaban sus impenetrables cascos á sus ponzoñosas saetas, y el pájaro armado que tiene un agudo espolon en cada hombro, ensartaba veinte enemigos por minuto.

Al cabo de una hora de confusa pelea y de espantosos clamores, el ejército de los abejones y de sus aliados cubria el suelo con sus cadáveres. Los pájaros heridos se encaramaron en los árboles, donde los curaba la reina de los prados con su graciosa sonrisa. Y esta

reina victoriosa que habia recobrado las formas de una mujer de maravillosa hermosura, con cuatro grandes alas de gasa azul, fué á caer con su corte sobre la hoguera de Garbullo y dijo á los habitantes del reino :

« Mortales, soltad las armas y que se acaben vuestros odios. Abrazaos, amaos, perdonaos, y sed dichosos, que



os lo manda por mi boca la reina de las hadas. »

Y habiendo hablado así, la reina de los prados se sonrió y en el mismo instante se hizo la paz de mejores ganas y más sinceramente que si la hubiese jurado y firmado un congreso de soberanos.

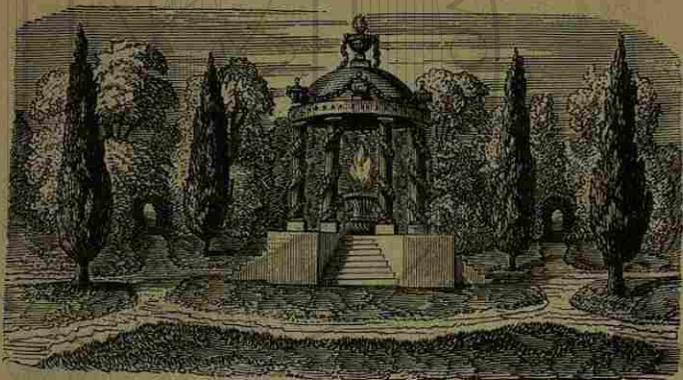
« No teneis ya que temer á los zánganos y las abejas que os han gobernado hasta aquí ; sus espíritus malvados van á comparecer ante el consejo supremo de las hadas que decidirá de su suerte ; y en cuanto á sus despojos, mirad lo que va á ser de ellos. »

Inmediatamente surgió de la tierra un espantoso



ejército de negras y monstruosas hormigas que á toda prisa recogieron los cadáveres de los insectos muertos y moribundos y se los llevaron á sus cavernas con demostraciones de gozo y de apetito que daban horror y repugnaban por todo extremo.

Después de haber contemplado aquel inmundo espectáculo, la multitud se volvió hácia la hoguera de



Garbullo que no era más que un monton de cenizas; pero en lo alto se vió brotar una hermosa flor que llaman *No me olvides*. La reina de los prados cogió la flor y la prendió en su seno, después de lo cual ella y su ejército llevándose las cenizas de la hoguera volaron hácia los cielos y durante su vuelo sembraban

las cenizas por la comarca, resultando que allí donde caian brotaban flores, cosechas, árboles cargados de frutas, mil riquezas que compensaron más de cien veces las pérdidas que la guerra habia causado.

Desde aquel dia los habitantes del país de Garbullo vivieron felicísimos bajo la proteccion de la reina de los prados, y erigieron un templo á la memoria de Garbullo. Todos los años, cuando cumplia el aniversario de su muerte, acudian todos los habitantes de la comarca con ramilletes de flores de *No me olvides* á entonar las canciones que les habia enseñado Garbullo. Las leyes del reino mandaban que aquel dia se allanasen todas las contiendas y se perdonaran todas las faltas é injurias. Muchos perjuicios tuvieron con esto los procuradores y los abogados que pulularon en el país en el tiempo del rey Abejon; pero tomaron otros oficios, puesto que al cabo llegó una época en que ya no hubo más pleitos porque todo el mundo estuvo siempre de acuerdo en todo y por todo. Garbullo convertido en florecilla no fué desgraciado. Su madrina se lo llevó á su isla y allí miéntras duró la existencia de las hadas, existencia cuyo término nadie ha conocido, fué alternativamente por espacio de cien años

una florecilla azul humilde y feliz á orillas de un arroyo en la encantada pradera, y un jóven y hermoso silfo que cantaba, danzaba, reía, amaba y acariciaba siempre á su madrina.



FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

